

Los pragmáticos en la cosa pública han de pagar, al largo plazo, un precio desalentador. Precisamente cuando se ha actuado de buena fe se sufre por las incomprensiones contradictorias del rumbo ecléctico que se ha querido escoger. Tal pareciera ser la incomodidad que aflige en este momento al gobierno del PAN. Los que nos opusimos al proceso de apaciguamiento de la URNG por ilegítimo, inmoral, pernicioso e innecesario aplaudimos, en cambio, la tendencia hacia las privatizaciones que devuelvan a la persona su derecho a emprender competitivamente bajo reglas, esperamos, iguales para todos. Los más entusiastas, por otra parte, del borrón de treinta y seis años y de la cuenta nueva en la legislación constitucional y ordinaria adversan ferozmente las mismas. El enfrentamiento ideológico persiste por estos lares vivo y coleando, a casi ocho años de la caída del muro de Berlín por latitudes que se me antojan cada vez más lejanas de nosotros.

Esta dilatada acción de retaguardia en Centroamérica podrá tener muchos veneros identificables; el más obvio, a mi juicio, en la Universidad. Somos pueblos de tradiciones elitistas, y el diploma universitario -o unos años de estudio a ese nivel- se ha convertido en la tarjeta de identificación gremial más privilegiante para acceder al poder público. "Las carreras abiertas a los talentos", fue el grito de la burguesía triunfante en la Revolución Francesa y, a su conjuro, tendemos a homologar desde entonces la posesión de un testimonio del paso por la educación superior al talento, en Guatemala como en el resto de nuestra América y aun en las sociedades densamente burocratizadas de Europa. Craso error. Hemos minusvaluado en su secuela la educación primaria, tan imprescindible para darles a todos y a cada uno un mínimo que los haga competitivos en los mercados

cada vez más globales; hemos menospreciado el espíritu empresarial, tan ajeno a las credenciales académicas, el verdadero motor, sin embargo, del progreso, que asegura en su conjunto rentas para los terratenientes, empleos para los trabajadores (incluidos los universitariamente certificados), intereses para los capitalistas, impuestos para los gobiernos, y hasta la oportunidad de beneficencia para los que se sientan llamados a dar a otros voluntariamente de lo suyo. A la par de logros impresionantes en la ciencia, en el arte y en el adiestramiento profesional, también hemos erigido desde la Universidad montañas superfluas de dogmatismos ideológicos y diseños de horribles Utopías a costos humanos incalculables. El éxito intelectual en unas áreas se nos ha mostrado -al igual que cualquier otro- más difícil de manejar que los fracasos en otras...

¿Alma Mater? ¿"Madre nutriente"? Depende de la madurez a que nos haya dado a luz. ¿Cómo es posible que todavía, con más de un siglo de retraso, se transmita en nuestras universidades el análisis de la realidad social con base en una sola variable significativa, las clases o los estratos en que abstractamente nos categorizamos, y no en el carácter de los individuos de carne y hueso que de veras la integran, con sus concretas preferencias marginales? ¿A dónde se ha ido el rigor académico que juzgue de las hipótesis según su falseabilidad en el campo de los hechos históricos? ¿Cuáles han sido los aportes durante siglos de la Universidad de San Marcos, en Lima, o de la de San Andrés, en la Paz, o la de la San Carlos, en Guatemala, a los avances contemporáneos de la ciencia y del pensamiento filosófico mundialmente reconocidos? ¿Qué ha quedado de la hombría de bien de profesores inteligentes presionados a devenir agitadores, o del tan mentado servicio al bien común, del que se abusa como camuflaje para los intereses muy particulares de quienes no quieren verse expuestos a competir abierta y decentemente en el mercado de las ideas? ¿Cómo explicar la migración a todo lo largo y lo ancho del continente de tantos, entre

* Director de la Escuela Superior de Ciencias Sociales de la Universidad Francisco Marroquín de Guatemala, desde 1977. Antiguo Prefecto de Estudios del Seminario Latinoamericano en Roma y Profesor de Sociología, Filosofía y Religión en cinco "colleges" en los Estados Unidos. Ha realizado estudios en Periodismo, Derecho, Filosofía, Clásicos y Teología.

profesores y alumnos, de los mejores desde las universidades estatales hacia las privadas (o al extranjero)? ¿Qué valor redentivo puede encerrar el refugio en esa única apología de la universidad estatal por la que supuestamente en ella se cuenta con el último recurso de superación para los atrapados por la pobreza?

SU MASIFICACIÓN

La crisis de la educación superior se perfila en todas partes variada y compleja. No es exclusiva de ninguna nación ni de ningún sistema, estatal o privado. Es, quizás, consecuencia casi inevitable de los tremendos cambios sufridos por todas las sociedades industrializadas, o en proceso de industrialización, durante el último medio siglo. Tampoco es atribuible a la bondad o maldad de voluntades. Como quiera que sea, a nuestra longeva "madre nutricia" parece habersele secado mucha de su leche materna... De ahí la urgencia periódica de que hagamos revisión de lo que pasa en nuestras universidades, sobre todo en aquellas, como la de San Carlos, que son mantenidas coactivamente por nuestros bolsillos de contribuyentes, incluidos los del analfabeto para cuya educación primaria no se asignaron a su tiempo recursos públicos, y que, aunque solo sea por el peso numérico de sus egresados y de ciertos privilegios corporativos que se les reconocen constitucionalmente, irradian además un inmenso efecto multiplicador.

Tal vez el primer cuestionamiento del que nos podríamos hacer eco, como en otras latitudes, es el de su masificación. Hasta la segunda guerra mundial, la experiencia universitaria había estado universalmente reservada para grupos selectos de estudiantes que buscaban en las profesiones y en la investigación científica maximizar racionalmente sus ventajas individuales en mercados crecientemente competitivos. Cuando Wilhelm von Humboldt presidió la creación de la universidad de Berlín en 1808 -el paradigma para muchas otras universidades modernas- la concibió como un conjunto interdisciplinar de eruditos en busca de una verdad objetiva y única desde sus respectivos ángulos especializados. Eso entrañaba comunidades pequeñas de hombres intelectualmente curiosos y libres, a la vez, para la fijación de sus metas y la escogencia de sus medios, tan solo limitados por la natural escasez de los recursos a que pudieran tener

acceso. Aquella perspectiva, de espíritu eminentemente liberal, sumo a la tradicional docencia en las aulas otra función: la de la investigación. Cuando unos sesenta años más tarde los norteamericanos iniciaron su vasto plan de colegios agrícolas, se impuso una tercera: la del servicio a la comunidad. Hipotéticamente, persisten ellas todavía en la triple conceptualización de la universidad contemporánea. Pero, en cualquier caso, la universidad permanecería el ápice de un sistema de educación jerárquicamente estructurado a partir de una amplísima base primaria abierta a todos.

El vuelco más grande en ese esquema se dio cuando la educación superior pasó a ser vista como un derecho más que, en cuanto tal, obligaría a alguien a prestarlo. Ese alguien no pudo ser otro que el Estado, y así quedó abierta la universidad bajo patrocinio estatal, es decir, aquella subvenida por los contribuyentes- a vastos números de jóvenes ansiosos de alcanzar para sí los privilegios de un mayor ingreso económico y de un mejor "status" social anexos a la credencial universitaria. La novísima escuela de análisis económico de la opción pública ("public choice") ha probado que donde la oferta es pública y el consumo (el beneficio) privado, la demanda se vuelve elásticamente sin límites. Ahí parece estar la raíz última del hacinamiento, a veces grotesco, en las aulas de las universidades del Estado. Un freno se le ha pretendido erigir con el sistema del "numerus clausus" implantado, por ejemplo, en muchas universidades alemanas de hoy. Otro, más radical aún, imposición, por decreto de los gobernantes, de la asignación de carreras y de la arbitraria escogencia numérica de estudiantes según las proyecciones derivadas de una planificación central de toda la sociedad, como ocurrió en el bloque soviético. La injusticia de todo ello a la luz de los derechos fundamentales del hombre ha resultado demasiado obvia como para que no se le hubiese ya descartado.

La educación superior, proclamada derecho universal, unida a una pretensión utópica de logros iguales, ha llevado en muchos lugares al desmantelamiento de las exigencias de acceso o aun a su entera eliminación. El resultado ha sido desastroso. La tendencia de los docentes -con honrosas excepciones- se ha deslizado hacia abajo por la curva de la adaptación al mínimo común denominador y por

ello la calidad de la enseñanza se ha venido por los suelos. Pero esa masificación no solamente ha afectado a los estudiantes; también a quienes les instruyen.

EL DESÁNIMO DE LOS DOCENTES

Pocos entre nosotros parecen atribuir la mediocridad de los docentes a la mediocridad de sus estudiantes. Habitualmente se piensa al revés: que son las grandes lumbreras científicas las que estimulan en sus discípulos la ambición de crecer y superarse en las diversas disciplinas de su escogencia. Algo de verdad hay en eso. Una manera legítima de calificar a una institución docente lo es por la calidad de su claustro de enseñantes. Por ello, precisamente, los interesados en su propia educación se distribuyen voluntariamente a lo largo del rango de los distintos niveles de calidad académica previamente identificados. Pero, en último término, no son tanto sus profesores ni sus egresados universitarios sino los buenos estudiantes que exigieron calidad en la docencia durante su paso por ella, los condicionantes de su prestigio intelectual. Fenómenos deprimentes como el ausentismo de los catedráticos (que tanto desmoraliza a los estudiantes), o su impuntualidad a clases, o su falta de preparación remota y próxima para impartirlas o, sobre todo, su indiferencia o su rezago para mantenerse al día de los avances continuos en la especialidad de su docencia, solo pueden ser tolerados por un cuerpo estudiantil mediocre, precisamente porque se muestra más interesado en actuar que en conocer, como ya lo observara agudamente nada menos que Aristóteles, hace más de dos mil años, en el primer libro de su *Ética* a Nicómaco, 1095.

En los Estados Unidos se suele medir la excelencia de los centros de enseñanza superior (son más de tres mil) según la franja percentil en la que hubiesen sido situados al graduarse de la enseñanza secundaria los que aspiren a ser admitidos. Se les añaden pruebas que evidencien el dominio de los aspirantes en distintas áreas, sobre todo en sus habilidades lingüísticas y lógico matemáticas. De acuerdo con los resultados, se califican las instituciones de enseñanza superior en no-competitivas (las más), competitivas, altamente competitivas y las más competitivas (las menos). No competitivas, por definición, son las instituciones que no exigen otro requisito que la posesión del título que

certifica haberse concluido los estudios de secundaria. Por el contrario, las más competitivas son las de más difícil acceso por el cúmulo de exigencias: Chicago o Harvard, por ejemplo. Lo mismo digamos de universidades en otros países como la Imperial de Tokio. Mejores alumnos significan, académicamente, mejor preparados, más ágiles en la comprensión, más seguros de sí en la investigación y más curiosos en la explicación. Esto es el estímulo decisivo para el profesor y la condición sine qua non del rendimiento superior conjunto por parte de maestros y educandos.

En cierto sentido, nuestras universidades, y aún más las estatales, tropiezan con otro obstáculo no de su hechura: el de una masa estudiantil mal preparada y peor motivada a causa de una formación secundaria deficiente. Esta última, a su vez, y la primaria que la antecedió, hubo de batallar con limitaciones ajenas a la escuela misma que el estudiante acarrea desde el hogar. Recuerdo un estudio sociológico de hace muchos años, llevado a cabo en Manchester, Inglaterra, sobre las limitaciones principales que arrastran desde el hogar los niños y adolescentes encaminados a una educación formal primaria o secundaria. Se identificaron tres principales: la pobreza del vocabulario (muy evidente en aquellos hijos de padres de escasa escolaridad), una curiosidad intelectual mellada (por haberse desalentado en ellos, desde temprana edad, su natural propensión a preguntar el porqué de todo) y la inhabilidad de postergar gratificaciones, o sea, de sacrificar consumo al corto plazo para el logro de metas a más largo plazo. Mucho me temo sean estos rasgos esenciales en el cuadro de la población estudiantil de nuestros países centroamericanos.

En Guatemala, creo que la Universidad del Valle es un ejemplo de profesionalismo académico para las pruebas de ingreso. La Universidad Marroquín, por otra parte, ha desarrollado sistemas de evaluación de los profesores por sus estudiantes que han contribuido a una mejora de su calidad docente. Pero a pesar de ello la mengua generalizada de calidad de la educación superior ha terminado por ser costeadada, recientemente, con el espacio abierto a su ideologización.

SU CONTAGIO IDEOLÓGICO

Es bien sabido que el termino y el concepto de "ideología" fue un subproducto, durante la Revolución Francesa, de la idea del "Progreso", de aquella esperanza moderna de que lo mejor para el hombre y la sociedad yace en su futuro y que, por tanto, "no cualquier tiempo pasado fue mejor". Como proyecto intelectual, la ideología respondió en sus inicios al programa de un grupo de optimistas "ilustrados" en torno a Condorcet y Destutt de Tracy, cuyo propósito no pareció ser otro que el de demitificar el cúmulo de engendros en el aparato teológico tradicional por los que se había pretendido explicar el origen y la naturaleza de la sociedad. Napoleón, sin embargo, los consideró poco prácticos y demasiado críticos y los desterró de la academia.

De ese menosprecio se hizo eco medio siglo más tarde el impaciente Karl Marx con su nueva versión de los mismos. Las así minusvaluadas "ideologías" las retrotrajo a la alienación del espíritu subjetivo del hombre frente a lo que Hegel había llamado el Espíritu Objetivo, esto es, sus propias creaciones en cuanto erigidas entidades independientes que le resultan ajenas y superiores. Las ideologías, desde entonces, se han reducido, para los marxistas, a cortinas coyunturales de humo tras las cuales se esconden los verdaderos intereses económicos de las clases sociales. No por ello, empero, pudieron evitar que sus presupuestos materialistas y dialecticos descendieran a la misma categorización pese a los serios esfuerzos de Georg Lukács.

La ideología devino la negación de la teología. Toda crítica comienza con la crítica religiosa, había pontificado Marx. Pero la ideología no es menos, también, que la negación de la filosofía, sobre todo en sus pretensiones metafísicas. Es igualmente, la negación de la ciencia en cuanto descripción sistemática de las relaciones entre hechos a partir de hipótesis desarrollables en lenguaje matemático y experimentalmente falseables. ¿Qué son, entonces? Arrebatos apasionados para cambiar el mundo, no para entenderlo, como lo exhortara el mismo Marx con su habitual brillantez de panfletario.

Como a las ideologías (el nacionalismo, las diversas escuelas de socialismo, los variados conservadurismos que les responden, el anarquismo, etc.) se las conceptuó como meros fenómenos históricos, sus verdades y valores resultaron relativos a las clases

sociales que las sustentan. Muchas universidades no se pudieron sustraer a esos virus ideológicos que tienen en común, paradójicamente, con el odiado moralismo religioso de antaño, propensión a *predicar* la construcción, por actos enérgicos de la voluntad, de un hombre nuevo y una sociedad nueva. Algunos quisieran incluir entre ellas el liberalismo, pero este nunca ha pretendido diseñar orden social alguno, sino que ha abogado por la libertad del individuo, que daría lugar espontáneamente a órdenes impredecibles, al igual que los de la sintaxis del lenguaje, del sistema de precios, del derecho consuetudinario o del folklore. El año pasado, la London School of Economics celebró su centenario y publicó apropiadamente una colección de ensayos de sus profesores respecto al tema de la libertad individual. Uno de ellos resumió la vida de esa institución en un medio siglo de repetidos esfuerzos de socialistas por minar las bases de la libertad, seguido de otro medio siglo de liberales por apuntalarlas.

Muchas de nuestras universidades, sobre todo las estatales, parecen hallarse todavía ancladas en la primera mitad de ese columpio "ideológico". Eso explica en parte la proliferación entre nosotros de universidades privadas por el mismo lapso de tiempo. Quienes buscan la verdad a través de la religión, la ciencia o la filosofía se han visto obligados en ocasiones a refugiarse en centros de desdeologizados, aunque sea a veces a costos de oportunidad muy dolorosos para sí mismos.

El recurso a las ideologías, sobre todo a la del marxismo-leninismo, ha terminado por devastar el nivel de la excelencia académica en ciertas universidades. Su consecuencia más obvia ha sido su creciente politización a partir de la reforma universitaria de Córdoba, en la Argentina, en 1918.

LA ALMA MATER ATRAPADA

Politizar la Universidad es quererla asesinar.

El sello de lo universitario se ha resumido en visiones al largo plazo; el rasgo distintivo de lo político, bien sabido es, descansa en cambio en el cálculo sobre el ejercicio del monopolio de la coacción al corto plazo. La Universidad es la comunidad del cultivo de los fines últimos, la Verdad, la Belleza, la Justicia...; el faccionalismo de los políticos, por el contrario, deriva de las presiones recíprocas entre grupos para la selección de medios y la agitación consiguiente- con vistas al

reparto inmediato del botín. Las universidades han evolucionado como el marco institucional para el debate sereno y sobrio de las ideas y las hipótesis que nos hagan más inteligible nuestro entorno; la política, por otra parte, se ha revelado la permanente ofuscación de intereses contrapuestos. En la contemplación científica o filosófica que se transmite en la Universidad, solo la calidad de la prueba cuenta; un Copérnico aislado pesa más que todo el resto de la humanidad que lo adverte. En la palestra política, el número de quienes votan se ha hecho el criterio aplastante para la acción. El empeño universitario ha de rastrear corajudamente hasta lo más hondo de lo real. El drama alternativo de la conquista del poder, como bien lo advirtiera Maquiavelo, se desliza, hipócrita, por la epidermis del cuerpo político, arrugada y hendida por tantas poses, disimulos, espejismos, retóricas vacuas, que alimentan aquellas esperanzas cortesanas "prisiones..." -nos aclara el autor de la epístola moral a Fabio- "do el ambicioso muere y al más astuto nacen canas". La Universidad ha devenido la fragua de los futuros profesionales y del ciudadano adulto; la acción política, el enérgico posicionamiento de quienes ya creen tener muy poco que aprender.

La reforma universitaria de Córdoba apostó a la legítima liberación de la enseñanza superior de las alternabilidades de los partidos políticos. Una universidad autónoma, se esperaba, quedaría sustraída a las ortodoxias políticas del momento. El que todavía estuviesen imbuidos sus propugnadores del positivismo, tan en boga entonces, le sumo cierto matiz anticlerical, al estilo del de la Francia contemporánea, pero la intención era sana. ¿Qué nos falló, pues?

La autonomía universitaria, que habría de arribar a Guatemala treinta años más tarde, cortó los vínculos de toda responsabilidad de los docentes con cualquiera otra instancia que no fuera la propia conciencia. Su financiamiento sería público -apenas había otra opción-, es decir, exprimido a los bolsillos de los contribuyentes (incluidos los de los analfabetos) pero sin que los enseñantes se vieran precisados a rendir cuentas ante nadie de su eficiente uso académico. He ahí la raíz del problema; la naturaleza humana es mal juez en lo propio. Si no se reconoce por encima del claustro de sus profesores un órgano que se auto perpetúe (como en el caso de las universidades de la Iglesia y las privadas) ni tampoco una asamblea legislativa que

asigne los recursos públicos según la percepción que se tenga del rigor científico con que se manejen, el posible abuso individual de la libertad de cátedra queda a merced de quienes resultan al respecto jueces y partes a un mismo tiempo.

El sistema tripartito de elecciones periódicas de las autoridades académicas -como se practica en la Universidad Autónoma de San Carlos- es un sustitutivo político -por lo tanto, totalmente inapropiado- de la responsabilidad civil de los docentes. Por ahí se han logrado colar en muchas universidades estatales de nuestra América grupúsculos que las han tornado de trampolín para el asalto del poder y la subsiguiente acumulación de privilegios, a expensas de esas mayorías silenciosas que acuden movidas tan solo por las promesas del estudio.

LA CRIMINALIZACIÓN DE LA "ALMA MATER"

El ideal universitario ha sufrido muchísimas fluctuaciones en sus novecientos años de vigencia. Sus momentos de mayor vulnerabilidad le han sobrevenido al verse golpeada la Universidad por los oleajes conflictivos de la política allende sus muros, haya respondido esta, en su momento, a preferencias teológicas, filosóficas o ideológicas apasionadamente contrapuestas. Tal fue el caso, por ejemplo, de los encendidos debates durante la Baja Edad Media entre los teólogos partidarios de la supremacía papal versus quienes abogaban por las prerrogativas de los príncipes seculares de los ascendentes Estados nacionales -generalmente profesores de las Facultades de Derecho- que se lanzaron a las cabezas recíprocamente excomuniones y condenas fulminantes. Todavía de una mayor violencia se hicieron eco los claustros universitarios durante las feroces guerras de religión que rasgaron a Europa por siglo y medio, con sus quemados de libros... y de pensadores. Y apenas gozado el respiro, de inercia mediocre, de la Iluminación del siglo XVIII, volvió a retumbar el mundo universitario con las monumentales explosiones emocionales del nacionalismo y del constitucionalismo, propaladas hacia todos los meridianos del mundo atlántico por la Revolución Francesa. La Universidad ha sido, por desgracia las menos de las veces, la torre de marfil como se la caricaturiza. Aunque los momentos estelares en este sentido aproximado se cuentan también por las

décadas, como en los espléndidos logros de La Sorbona, o de las universidades alemanas en la segunda mitad del siglo pasado y las primeras tres décadas del actual, o las de Cambridge, Oxford o Harvard hoy, más bien, con demasiada frecuencia, la universidad ha servido de caja de resonancia de choques que relampaguean por visiones encontradas fuera de sus muros que se empeñan por imponerse al corto plazo.

En cada una de esas ocasiones de convulsión política, tristemente, la verdad ha sido siempre la primera baja, y la más sensible, en la batalla, seguida muy de cerca por ciertos mínimos de tolerancia civilizada y de hidalguía que deberían regir todo intercambio académico. La afirmación es válida ya sea referida a una casa de estudios superiores sostenida por el Estado, ya sea por la Iglesia o por la iniciativa privada; la tentación de lo político -es decir, del atajo al triunfo inmediato y a expensas de las anónimas muchedumbres de los que permanecen sus espectadores- se ha mostrado demasiado seductora para la sed de acción de muchos jóvenes (y de algunos de sus profesores), "almas intelectualmente herméticas", como las ridiculizara Ortega.

Guatemala no ha podido hacerse una excepción a esa tendencia esporádica a la destrucción. La masificación contemporánea, la ideologización superficial ("pragmatismo", lo llaman unos) y la politización interesada de la Alma Mater en sus estudiosos ha equivocado a hendir lo más suave del vientre de la sociedad y que por esa hendidura se haya colado el crimen, con pretextos políticos o sin ellos. Quienes se han arrogado altaneramente el derecho a suprimir la libertad del otro a través del secuestro o aun de su vida misma a través del asesinato, o de la propiedad ajena por medio de extorsiones y chantajes, parecen nunca haber parado mientes en que esa postura es fácilmente universalizable y que bien poco pueden lamentarse de que el boomerang de su crimen de anteaer también los haya herido de regreso ayer. Esto se ha hecho particularmente claro en las universidades estatales de la América Latina, con sus URNG, tupamaros, montoneros, Sendero Luminoso y demás fauna delirante en pos de emular al máximo delincuente de la Universidad de La Habana, Fidel Castro, precisamente por ese divorcio a que aludí antes entre el rendimiento de la docencia y la demanda

institucional de rendición de cuentas por el docente ante una instancia superior, divorcio hostil a que se ha visto de hecho reducida la tan llevada y traída autonomía universitaria.

En la ciencia, la integridad de las personas, su libertad de pensar e investigar, el respeto a su propiedad intelectual y la responsabilidad consiguiente por lo que se dice y hace son las condiciones básicas para la creación y el avance científicos. El zanjar las divergencias por el recurso al crimen es la fórmula certera para su extinción.

ALMA MATER: SUS COSTOS MÚLTIPLES

La compleja crisis de las universidades estatales en la América Latina (su masificación, su politización, su ideologización y, en ocasiones, si eventual criminalización), desató hace medio siglo la proliferación acelerada de universidades privadas, en un inicio de inspiración predominantemente religiosa católica, más tarde, empero, de todo tipo de orientación filosófica, reflejo del creciente pluralismo de nuestro hemisferio.

Como todo por lo que hay demanda, la oferta universitaria implica llegar a precios. En el caso de las privadas, los pagan voluntariamente sus estudiantes (o sus padres), a veces complementados por algunos generosos aportes de fundaciones o personas naturales. En el de las estatales, en cambio, los sufraga casi enteramente el erario público, es decir, aquellos contribuyentes que no se benefician directa e inmediatamente de la formación allí impartida. En Guatemala, como es sabido, se les asigna un monto presupuestario fijo, superior al de la administración de la justicia en la entera República.

Pero esos costos (en realidad inversión en capital humano) rinden marginalmente en función del tiempo que se dilate el estudiante para la obtención de un grado universitario. No dispongo sobre Guatemala de estadísticas precisas y confiables. Pareciera que el promedio de duración que le toma graduarse en las universidades privadas es aproximadamente de cinco a ocho años, mientras que en la de la San Carlos oscila entre doce y dieciséis. Las excepciones -que abundan- confirmarían esas aproximaciones. No hace mucho, el diario Siglo XXI suministró el dato "pintoresco" de una casi treintena de matriculados en la USAC por más de un cuarto de siglo consecutivo. Esa población

estudiantil que no acaba de arribar en el plazo previsto al puerto de su licencia profesional aumenta exponencialmente para la sociedad todos los costos de su formación universitaria. A ello habría de añadirse el incremento de los costos derivado de la deserción (muy variada según la Facultad de que se trate). Si en las universidades privadas probablemente llegan a coronar sus estudios del veinte al cuarenta por ciento de la promoción de ingreso, en la estatal, se me ha dicho, oscila entre el cuatro y el quince. Todas estas estimaciones, las adelanto como provisionales y sujetas a revisión, a la espera de análisis estadísticos a los que por hoy no tengo acceso.

Queda otra vertiente del costo: el de la calidad. Este lo sufragan tanto los futuros consumidores de los servicios profesionales como los universitarios mismos. Una manera indirecta de medir esto último puede hallarse en la prontitud de la aceptación que de los graduados de las respectivas universidades hace el mercado. Si la tendencia apunta entre ellos a una espera de un año o más para la obtención de un trabajo remunerado en la especialidad de su preferencia o, peor aún, si se ven obligados, por desaliento, a refugiarse, vía la política, en un puesto público pobremente remunerado, se puede suponer razonablemente que el costo subjetivo de sus esfuerzos para lograr un título devaluado les resultó al final en exceso alto.

A la inversa, aquellos estudiantes que antes de cerrar currículo ya reciben alentadoras ofertas de trabajo o el compromiso de que al graduarse se les premiará con un ascenso en la empresa que les ha permitido costearse sus estudios, constatan que su formación universitaria les resultó a la postre mucho más barata.

Sabemos que también entran en juego otros factores, pero en un mercado cada vez más competitivo, las expectativas de rendimiento del egresado universitario permanecen el criterio último para contratación y ascenso.

A todo ello habría de sumarse el costo de oportunidad para la sociedad toda, según los posibles usos alternativos de los recursos invertidos en la universidad. Organismos internacionales como el Banco Mundial han cuestionado repetidas veces la propensión de los países del Tercer Mundo a privilegiar la enseñanza universitaria a costa de la primaria o de la

tecnológica intermedia. Tampoco ha de olvidarse que los costosos índices en términos humanos del subdesarrollo han sido producto de políticas encomendadas casi exclusivamente a egresados universitarios. En la América Latina se oye con frecuencia que a la Universidad compete una imprescindible postura crítica frente a los que detentan el poder. Pareciera que solo la Universidad queda exenta de los alcances de esa postura. Ello ha hecho más inflexible (y a la larga más costosa) la ineludible adaptación de la Universidad a cambiantes circunstancias de su entorno. Y, de paso, dejamos hecho de ella una vaca sagrada en la mitología del Estado nacional contemporáneo.

¿LA ALMA MATER TIENE CURA?

Los problemas de las universidades pueden entenderse como auténticos "desafíos" en el sentido que lo quiso Arnold Toynbee, y procurar darles solución "desde arriba" o "desde abajo". Tomo para empezar estos últimos términos populizadores -extraídos de la teoría de la historia económica, capítulo segundo, del premio Nobel de Economía Sir John Hicks-, para referirme a las decisiones respectivamente que descendan por jerarquía desde una autoridad central a través de mandatos o a las sugerencias que vienen entrañadas en los precedentes de la costumbre y, modernamente, en las demandas de los consumidores en el mercado.

Los "desafíos" no son solo los ya mencionados: la masificación de las universidades, su ideologización, su consiguiente politización y hasta su criminalización en casos aislados (sea por motivaciones políticas o "comunes") ... La revolución de la informática plantea nuevos cuestionamientos a la función docente, como ya los grandes laboratorios de las más poderosas multinacionales suministradoras de tecnología le habían arrebatado a la universidad, desde la segunda guerra mundial, la mayor parte de su función investigadora.

En las soluciones que se busquen desde arriba se tenderá a resolver los problemas caso a caso y casi con exclusividad los de las universidades estatales (a alterar, por ejemplo, sus leyes orgánicas). En las que se ofrezcan desde abajo se experimental una revaluación generalizada de la universidad, tanto pública como privada, y de sus funciones. Confieso que me inclino por

esta última vía, que hoy equivale prácticamente a las respuestas que surjan espontáneamente de la competencia en el mercado de las ideas y de la formación profesional.

Esta dicotomía entre arriba y abajo no es nueva en la historia universitaria; en los comienzos del siglo XII ya se había dado en alguna forma en el modelo italiano desde abajo (predominantemente estudiantes en pos de un maestro) y en el modelo francés desde arriba (maestros que atraían a sus cátedras a estudiantes). Ha corrido mucha agua bajo los puentes desde entonces y el modelo mixto (pero más francés que italiano) se impuso en todas partes a partir de la consolidación de los modernos Estados nacionales, ocurrida la Reforma protestante.

Quisiera aportar aquí otro factor poco discutido entre nosotros: la universidad medieval respondía a una autoridad internacional, la del Papa, que hubo de ser desplazada aceleradamente a partir del siglo XVI por la de los príncipes nacionales. Por ello, en la Edad Media un bizantino había podido enseñar en Florencia, un italiano en Oxford, un germano en París, un español en Coimbra o un danés en Praga. La competencia entre sistemas filosóficos (el platonismo y el aristotelismo principalmente), las disputas sobre teorías del conocimiento entre realistas, conceptualistas y nominalistas, los choques vehementes de teólogos y juristas en torno al depositario último de la autoridad pública (güelfos, gibelinos, conciliaristas), o las demasiado sutiles controversias teológicas sobre la justificación y la esencia divina florecieron en un espacio de relativa libertad académica, donde las fronteras nacionales fueron de marginal importancia. A esto habría de añadirse los variados refugios de aquella otra competencia de jurisdicciones entre tribunales de justicia (del príncipe, del señor local, de la comuna urbana y de la Iglesia) en la que tanto énfasis ha puesto un moderno historiador del Derecho, Leonardo Liggio. Pocas universidades fueron colofón tan glorioso de esa tradición como la salmantina de la primera mitad del siglo XVI, la de los gigantes Francisco de Vitoria, Domingo de Soto o Martín de Azpilcueta, la de los derechos de los indios frente a los conquistadores y la de los precios justos que corresponden a las estimaciones de oferentes y demandantes en el mercado. Pero la monopolización del poder coactivo bajo los reyes absolutos (Felipe II a la cabeza) y la

paralela información impuesta por el poder de la Inquisición (Galileo) pusieron un triste fin a lo que de mejor había quedado de la universidad medieval.

EL REMEDIO DESDE ARRIBA

Los problemas de la universidad son "corregibles" desde abajo, es decir, desde el mercado competitivo, cuando su sobrevivencia se halla sujeta a las preferencias de sus potenciales consumidores, esto es, de quienes escogen acudir a ella como el mejor uso alternativo de sus recursos por definición siempre escasos. Se ha visto una y otra vez que no hay disciplina más eficaz para subsanar errores que la horizontal del mercado.

En cambio, las mismas interrogantes sobre la viabilidad de una institución de enseñanza superior no son fáciles de responder verticalmente desde arriba, es decir, desde las prioridades de quienes controlan los recursos públicos, porque ellos no se desembolsan en función del agregado de las preferencias reales de los estudiantes, sino de la voluntad maximizadora a favor propio de los oferentes (políticos y funcionarios docentes o administrativos).

Una ojeada rápida a la historia de la universidad a partir del Renacimiento nos puede enseñar algo sobre la posible ruta a seguir para hallar soluciones "desde arriba" a los problemas de hoy.

Las universidades habían perdido en gran parte su lustre luego de los ataques fundados y sostenidos de los humanistas. Con la Reforma protestante y la consolidación de la soberanía de los modernos Estados nacionales, el internacionalismo que había caracterizado a la institución medieval se evaporó progresivamente. La nacionalización de la universidad devino un hecho consumado, sobre todo en la Europa continental, Francia y España a la cabeza. Por ejemplo, la decisión en 155 de fundar las universidades de México y Lima tomada por el Consejo de Indias supeditado corona, no por las autoridades eclesiásticas católicas. Igualmente, los príncipes del norte de Europa multiplicaron los centros de enseñanza superior con horizontes más estrechamente confesión, del agrado de su voluntad uniformadora. Una alternativa a todo ello, muy novedosa y destinada a imponerse, fue la que hoy conocemos como Revolución Científica del siglo XVII. A la recíproca intolerancia denominacional entre católicos, luteranos, calvinistas y anglicanos, se ofreció

alternativamente el nuevo internacionalismo pacífico de la ciencia experimental -de Copérnico a Newton-, que terminó por imponerse a la razón de los que andaban a la búsqueda de respuestas más objetivas, sin fronteras ni cárceles ni hogueras. Pero esa gigantesca efusión del espíritu racional ocurrió más bien fuera de las aulas universitarias, entre almas libres de artesanos (Spinoza), matemáticos (Descartes), biólogos (Locke), juristas (Montesquieu), literatos (Voltaire), historiadores (Hume), impresores (Franklin), popularizadores (Diderot), moralistas (Paine), etc. Inclusive cuando alguno hizo una contribución original en la misma vena, como Adam Smith, desde su posición de Profesor de Filosofía Moral, la acompañó de una queja amarga sobre la esterilidad lamentable de las instituciones de enseñanza superior que le eran temporáneas. Quizás Emmanuel Kant fuera la excepción más señera entre los que habrían de confirmar esa regla de los dorados tiempos revolucionarios de la Ilustración.

La enérgica renovación de aquellas instituciones anquilosadas hubo de tener su arranque en la avasalladora voluntad política de los jacobinos franceses, que las suprimieron en 1793, pero de los que Napoleón se hizo vocero y hábil ejecutor al restaurarlas bajo un nuevo formato centralizador y laico quince años después. Este modelo habría de influir enormemente en el resto del mundo, por lo menos hasta los cambios de 1968, muy en particular en nuestra América. Otros, como los anglosajones, el alemán o el soviético, nos han hecho también sus aportes, que valdrá la pena también analizar.

ALMA MATER PARA FRANCESES

Toda institución de largo aliento, como la universidad, resulta un espejo del pueblo que en ella se mira. El modelo de universidad que nos ha llegado desde Francia no es una excepción. Esa nación ha sido por muchos siglos una potencia cultural de primer rango en el entero planeta. La historia de Francia se nos ofrece como un gobelino refinado y policromo, de calidad no menos ejemplar que la de la Grecia clásica. Si todos los caminos conducen a Roma, todos los corazones parecen detenerse en el París entrañable y su campiña. Para el que estas líneas escribe, como para tantos otros hijos de nuestra América, la música elegante de los fonemas de su lengua, su riquísima trayectoria intelectual en busca de la verdad (¿o sería

mejor decir de la certeza?), su incomparable saber vivir, la dulzura encerrada en ese hexágono de nítidas fronteras, o el hervor de generosa sangre al servicio de ideales multiseculares, pero también las sombras tan humanas de la mezquindad del pendenciero, del envidioso y del autoritario, de todo ello emerge ese entretejido único que llamamos la Francia profunda y al cual nadie se ha asomado sin haber regresado más sabio y entendido.

Algunos recordaran los eventos de mayo de 1968, cuando de repente estallo el mundo universitario francés con reclamos que se habrían de traducir, durante estos últimos treinta años, en una reestructuración del modelo napoleónico hasta entonces imperante. Mucho me llamo la atención por aquellos días una columna de primera plana en el sesudo y respetado "Le Monde" que parecía atribuir la compleja convulsión estudiantil a "l'ennui", esto es, al tedio de todos con un régimen burgués satisfecho de sí mismo e indiferente, al parecer, a las crecientes y nuevas apetencias y desafíos de profesores y alumnos, expuestos, como lo estamos los demás, a los aceleradísimos cambios de una competencia regional y aun global cada vez más despiadada. De todo ello devino el presente sistema, algo más descentralizado y flexible, con diplomas adicionales como el de la maîtrise (maestría), y con otra veintena de Institutos universitarios de Tecnología.

Aunque los logros científicos y humanísticos de los universitarios franceses han sido cumulativamente enormes, creo discernir algunos rasgos del sistema que los hizo posibles que remota e indirectamente en parte los han frenado o aminorado. Me refiero muy en particular a la ideología del culto al Estado nacional -tan evidente en el desarrollo de su derecho positivo-, a la presión, a ratos obsesiva, por una igualdad uniforme impuesta racionalmente desde arriba -como en los famosos exámenes simultáneos de "baccalauréat"-, al centralismo que ha privilegiado a la universidad de París y, sobre todo, a sus "grandes écoles", con desmedro de las instituciones de enseñanza superior de las provincias (y su consiguiente fuga de cerebros), al peso que se les reconoce a las lecciones magistrales y el concomitante escaso recurso a los exámenes frecuentes, y al énfasis en la formación de futuros asalariados, en especial de funcionarios, con descuido del espíritu de amor al riesgo empresarial, tan

imprescindible en el liderazgo que hoy entrevemos podrá conducirnos con éxito al tercer milenio.

Por otra parte, el secreto de sus logros ha descansado grandemente en la rigurosa exigencia intelectual de los exámenes que coronan el primer año universitario (propedéutico), que solo aprueban del treinta al cuarenta por ciento de los interesados en continuar sus estudios superiores, y el no menor nivel de excelencia de la preparación en el Liceo (escuela secundaria), con la que los jóvenes ingresan a la universidad. Otro tanto en el acervo generalizado de cultura, sobre todo entre los estratos medios y altos de la sociedad que constituyen la mayoría de las familias de donde provienen los estudiantes universitarios, subsidiados, eso si - ¿injustamente?- por aquellos obreros, campesinos y artesanos para los que apenas queda entreabierto la puerta a una formación selecta de análogas promesas. Igualmente, en la designación altamente profesional de las respectivas autoridades académicas, aunque el proceso siempre adolezca de ese excesivo centralismo a que aludí antes.

(II)

El sistema francés de selección y guía de las autoridades universitarias es un típico ejemplo de lo que Sir John Hicks hubiera llamado solución "desde arriba", esto es, el planeamiento vertical, y lo más racional posible, desde un centro decisorio común a todos en la capital. Francia entera -y sus posesiones de ultramar- se halla dividida territorialmente en "academias" que abarcan de tres a ocho departamentos (la otra herencia de la Revolución). La cabeza de cada academia funge simultáneamente de Rector de la universidad más importante en su jurisdicción y de jefe del respectivo sistema de educación local; además, de representante del Ministerio de Educación. Su nombramiento queda reservado al Presidente de la República.

La guía de la educación superior está encomendada a un Directorio que actúa con el asesoramiento de un Consejo de Educación Superior, el responsable a su vez de las políticas sobre curricula, exámenes, distinciones, y de su administración. Paralelo a ello, existe otro Comité Consultivo Universitario, organizado según las cinco divisiones clásicas del patrón francés: Derecho, Ciencias, Letras, Medicina y Farmacia (y para el caso de la Universidad

de Estrasburgo, una sexta de Teología). Este Comité Consultivo se ocupa del claustro de profesores y de sus ascensos. Cada facultad funciona bajo un decano, designado para un periodo de tres años por el Ministro de Educación Nacional, según las recomendaciones a él elevadas por los profesores y los consejos universitarios, cargo que libera a los docentes de las tareas administrativas y facilita el enlace con las eficientes imprentas universitarias.

Esa estructura deja fuera otros centros no menos importantes de formación superior. Por ejemplo, el renombrado Instituto Católico de Paris se ha visto excluido por la inspiración militantemente laica del sistema. La estatal Escuela Nacional de Administración, por otra parte, que ha provisto a Francia por más de un siglo de un ininterrumpido flujo de brillantes tecnócratas, o las Escuelas Normales Superiores, tampoco figuran dentro del esquema universitario descrito.

Lo importante hoy es verificar si resulta competitivo frente a la creciente globalización de la formación universitaria, que sirve de cauda a esas otras de la tecnología y los mercados. En Francia, como en todas partes, se ha hecho cada vez más patente a muchos la necesidad de librarse de la tutela inflexible del Estado nacional, paradójicamente elitista pese al "gauchisme" de sus políticos, es decir, a esa retórica igualitaria que suele quedarse las más de las veces en solo eso, retórica. Pero que cuando sobrevienen crisis coyunturales -como la de una tasa de desempleo de casi el trece por ciento- el instinto de ese culto pueblo, condicionado durante doscientos años por la filosofía rousseauiana de la supremacía de la voluntad general, revierte, casi por automatismo, a los hábitos ancestrales que le son más cómodos, como lo acaban de confirmar los resultados de las últimas elecciones parlamentarias.

El papel que puedan jugar en el futuro las grandes multinacionales (muy pocas francesas), la urgencia de acoplarse a otros sistemas igualmente influyentes como el alemán y el británico en una Europa cada vez más unificada, el reto de la Internet y sistemas afines dominados por los "anglosajones" los costos gigantescos de la investigación en las ciencias básicas, los requerimientos de la estabilidad política y social (en contra de aquellas "razones del corazón que la razón no comprende"), todo ello pone entre signos de

interrogación esa tradición francesa surgida del ingenuo optimismo del siglo XVIII.

LA ALMA MATER ALTERNATIVA

"Corría un dicho por Gotinga que la ciencia venía a la vida en el tren a Berlín", recuerda Jacob Bronowski en su magnífico estudio sobre el avance del espíritu científico. La Universidad de Gotinga presentaba, en los años veinte de este siglo, la imagen de una universidad de Alemania provinciana y apacible, como la había marcado su trayectoria desde sus inicios a mediados del siglo XVIII. Pero las apariencias engañaban: allí bullía inquieto quizás más que en ningún otro punto del planeta el afán de la curiosidad intelectual, llevado a casa: un frenesí por el detonante de la teoría de la relatividad, arrojada al mundo por Einstein en plena primera guerra mundial. La Física cuántica era la nueva punta de lanza del saber y Max Born, Werner Heisenberg y Erwin Schrödinger sus nuevos profetas desde los seminarios, debates y laboratorios de Gotinga. Esta alusión aislada es, a mis ojos, todo un poema a las glorias acumuladas por la universidad alemana moderna, hasta que fuera mortalmente herida, en solo una docena de años, por la locura resentida de Adolfo Hitler y sus superhombres.

En el continente europeo, la alternativa válida al esquema francés de la universidad "desde arriba" ha sido la alemana "desde abajo y desde arriba". Hasta muy recientemente -cuando se establecieron las primeras universidades privadas- ha consistido en un sistema estatal que, al igual que el francés, encarna el espíritu nacional, como lo soñó Fichte, pero con un ánimo decididamente de investigación original, como lo propuso Guillermo von Humboldt. Es, además, descentralizada, reflejo de la tradición y estructura federal de la entera nación. Con esa muy peculiar tendencia a la movilidad geográfica de profesores y alumnos, que debilita el sentido de lealtad a específicas instituciones pero que refuerza el liderazgo intelectual de sus pioneros del pensamiento, a fin de llenar esa doble necesidad tan arraigada en el mundo académico alemán de la "Lernfreiheit" (libertad de aprendizaje) y de la "Lehrfreiheit" (libertad de cátedra).

La universidad contemporánea tampoco ha escapado en ese país a la turbulencia estudiantil de fines de la década de los sesenta, ni al hacinamiento

crónico en sus aulas o los no menos crónicos déficits financieros en su administración. Inclusive, el vigoroso espíritu científico, seguro de sí, que caracterizara por dos siglos sus mentes más luminosas, todavía no se ha recuperado del todo de aquella herida profundísima en su psique, abierta por la humillación colectiva a la que fue arrastrado, con toda la nación, por la exaltación nacional socialista.

Y, sin embargo, la riqueza espiritual de esa cultura aún se genera en las cátedras y laboratorios de sus aproximadamente sesenta instituciones de rango universitario que puntean el mapa de la inteligencia entre el Rin y el Oder. Aleccionadoramente para nosotros, el modo distinto de la universidad alemana gira alrededor de dos funciones capitales: la del "Rektor", electo para un año por el voto secreto de los profesores titulares, y la del "Kurator", designado por el Ministro de Educación del respectivo Estado federal para hacerse cargo del personal administrativo y de sus finanzas. Dado el corto ejercicio periódico del primero, el Senado universitario (que incluye también a los profesores no titulares y a los representantes del parlamento estudiantil) se ha convertido, de hecho, en el principal iniciador de políticas universitarias.

Otro rasgo interesante lo constituye el reclutamiento de la mayor parte de sus catedráticos de entre la vasta reserva de asistentes académicos que han sido agraciados con la recomendación de un profesor (vitaliciamente) titular para hacer estudios más allá del doctorado, que habrán de culminar en un trabajo de investigación a presentar y defender ante el consejo de la facultad, y que le valdrán el codiciado otorgamiento de la Habitación docente, un "logro ético" en la sobria conceptualización de Max Weber, por amor a la verdad "aunque no agrade".

LA EXPANSIVA ALMA MATER

El influjo de la universidad alemana se ha hecho sentir en todo el mundo. En realidad, fue parte de un fenómeno de mucha más envergadura: el señorío de la Europa occidental, en su apogeo desde el final de Napoleón hasta la primera guerra mundial.

La universidad es una institución endógena al suelo de ese trozo privilegiado del Viejo Mundo al oeste del río Elba. Baste rastrear su expansión desde sus orígenes al comienzo de la baja Edad Media. Si la cultura clásica se había desenvuelto a lo largo de un eje

horizontal que corrió del oriente del Mediterráneo hasta su occidente ibérico, la del Medievo giro en torno a otro eje oblicuo al anterior, del sudeste itálico al noroeste ánglico, es decir, de Salerno a Oxford. El centro de esa línea imaginaria pasaba por el París de Abelardo y Santo Tomas de Aquino. Y así, a medida que el resto del continente se "europeizaba", el símbolo más contundente de esa expansión cultural desde occidente, al igual que la ojiva gótica, lo constituyó la erección de sedes universitarias, Heidelberg, Praga, Cracovia hacia el este, Salamanca, Coimbra, Alcalá hacia el sur. En América, México y Lima fueron las primeras voces de los comienzos del trasplante más allá del océano de esa Europa ruidosamente inquieta, seguidas, casi un siglo después, por la de la Universidad de Harvard en el norte puritano. Hoy en día, en casi todos los rincones del planeta se yerguen, orgullosas, las réplicas de febril actividad intelectual de aquellos modestos chispazos de hace novecientos años, con los que empezaron a disiparse las tinieblas de la superstición y de la violencia de la Edad de la barbarie con razón llamada oscura. Pero el eje geográfico de nuevo se ha desplazado más hacia el oeste, de tal manera que el liderazgo del pensamiento universitario pueda situarse hoy en medio del Atlántico, entre esa Europa cada vez más sabia y, quizás por eso, más unida, y la América cada vez más prospera y, por el peso de su superioridad tecnológica, más tendiente a uniformarse, de Alaska a la Patagonia.

Los universitarios alemanes se enfrentan a problemas de índole sociológica tal vez más agudos que en otras partes. No solamente la población estudiantil se ha triplicado en menos de un cuarto de siglo, sino que la edad promedio del egresado roza la treintena, cuando, en opinión de Heisenberg, por lo menos en lo que atañe al hombre de ciencia, ya se ha superado su momento más fecundo de creación original, y su prolongada dependencia adicional durante esos largos años de estudios le ha mellado el amor al riesgo pionero. A ello ha de sumarse el énfasis en la perspectiva de una ocupación asalariada, -como la de los mismos profesores titulares, funcionarios del Estado de por vida- tan atacado perspicazmente por el pesimismo de Schopenhauer, o esa satisfecha pasión burguesa por la seguridad, blanco de los dardos más envenenados de Federico Nietzsche durante los años de arrogante estabilidad del Imperio bajo Bismarck.

Quizás en nada se podía entrever más esa incipiente decadencia (que habría de generalizar un petulante filósofo de la historia, Oswald Spengler) que entre los llamados "socialistas de cátedra" de la misma época, Werner Sombart y su Escuela Histórica a la cabeza, activistas tempranos de un "Estado benefactor" que pretendió restarle banderas al éxito organizacional del Partido Socialista de su tiempo, y, de paso, minó el bello ideal de la búsqueda desinteresada de la verdad, del "sapere aude" (atrévete a conocer), hecho divisa de la Ilustración a sugerencia de Emmanuel Kant. David Hume había dicho, años antes, que no le gustaban los "entusiastas". George Stigler, un premio Nobel de Economía dos siglos después, lo ha referido a la agitación de los "predicadores". Ahí reside el talón de Aquiles del animus universitario: debatirse ante el dilema entre la apología al corto plazo de una cosmovisión o la búsqueda serena y resignada "sub specie aeternitatis", de verdades que al largo plazo acabarán por imponerse. Para parafrasear la fórmula de Karl Marx en sus tesis sobre Feuerbach: se trata de o entender el mundo o de cambiarlo.

CADA ALMA MATER, ¿UNA CONSTELACIÓN?...

Hace muchos años, alguien me pregunto si no había notado que los hombres y mujeres de virtudes heroicas, aquellos que las autoridades eclesiásticas acaban por elevar a los altares y a quienes la imaginación popular percibe "milagrosos", se asoman sobre el horizonte de la historia, cual astros en el cielo, arracimados en constelaciones...

Efectivamente, recordé entonces que en torno a las figuras de Francisco de Asís y de Domingo de Guzmán, al igual que en siglos anteriores alrededor de las de Benito de Nursia o de Bernardo de Claraval o, siglos más tarde, de Ignacio de Loyola, proliferaron otros gigantes de la generosidad de la fe, como hacia la Doctora Mística de Ávila, una estrella a su vez, gravitaran Juan de la Cruz y quien no pudiera ella menos que retratar "hecho de raíces de árboles", Pedro de Alcántara.

Y en la cultura, me pregunte, ¿no se da acaso un fenómeno parecido? Atenas tuvo su constelación de Verdad y Belleza en Sócrates, Fídeas, Praxíteles, Sófocles y muchos más durante el largo caudillaje de Pericles; Florencia, por otra parte, nos abrumba con esas esplendorosas auroras boreales de Donatello, Rafael,

Boticelli, Leonardo y Miguel Ángel durante el siglo, todavía a la escala humana, de los Medici, que habría de traslaparse con el siguiente de las otras escalas monumentales en Roma y Venecia.

Desde cuando emergieron los modernos Estados nacionales solemos identificar sus respectivos "siglos de oro" hasta verlos fundirse, como ya en una ocasión se logró en el mundo antiguo, en las dimensiones más bien galácticas de culturas aisladas que misteriosamente se entrelazan, sin saberlo, como durante el inaudito incendio espiritual de la llamada época "axial", siglos VI al IV antes de Cristo, con Lao-Tse y Confucio por las anchas caderas de China, Buda y Mahavira por las tierras resignadas al karma de la India, Zoroastro, a caballo, a través de la Persia imperial, los profetas cumbres de Israel en las llamaradas místicas de su exilio babilónico, y el milagro griego, cuyas luces habrían de apagarse con las de Aristóteles.

Si nos ceñimos a las universidades, sus constelaciones refulgen dentro de Escuelas del pensamiento. En Alemania han brillado muchas: Marburgo, Francfort, Friburgo, cada una con la luz propia de sus recios intelectos, tercamente disciplinados y autónomos. Quiero hacer aquí hincapié en otra de la misma lengua, pero geográficamente fuera del corazón germánico marcado a hierro y fuego por Bismarck: la de la Viena de aproximadamente 1870 a 1930. Fueron años de vanguardia en la filosofía (Wittgenstein), en la física (Mach), en la economía (Menger), en la arquitectura (Loos), en la música (Schoenberg), en la psicología (Freud), en la literatura (von Hofmannsthal), en la pintura (Kokoschka), de intensos claroscuros, alimentados por las demás instituciones de enseñanza superior del abigarrado Imperio dual, que se mecían en las dulces cadencias de sus operetas, escapes, en verdad, a la sumergida angustia existencial de sus numerosos suicidas, el último de entre ellos el autor favorito de mi adolescencia, Stefan Zweig.

Cuando cayó el telón sobre Viena, se repitió un fenómeno que nos ha sido recurrente por casi dos siglos: la emigración masiva de talentos, esta vez principalmente judíos, que fueron a sumarse a otras constelaciones allende los mares: la de la London School of Economics, por ejemplo, o las de las variadas regiones académicas en los Estados Unidos. Con la extinción del mínimo de oxígeno de libertad a que

habían estado habituados en el paisaje sideral que les había sido nativo, no les quedó otra opción que la de ensayar reencender sus fuegos en el exilio...

De sólo una fracción ínfima de las constelaciones nos llega la luz, y lo mismo pasa con las universidades, pero creo entrever, en Guatemala, promisorio polvo cósmico en las suyas. Que se nos vuelvan constelaciones brillantes, que se nos hagan centro de una galaxia hispanoamericana para el próximo milenio, va a depender, en mucho, de nuestra confianza en nosotros mismos. Mientras, nos es lícito parafrasearnos una vez más a Bernard Shaw: "Veo el mundo como es y me pregunto por qué; y lo sueño como sé que pudiera ser y me pregunto por qué no".

LA ALMA MATER DIFERENTE

En Europa, todos reconocen que los británicos son diferentes. No solo, de entrada, porque conducen por el carril de la calle equivocado, o por su curiosa predilección por la cerveza tibia, sino también por su estilo de vida tan singular, con sus instituciones de más peso tan veneradas, sus normas de trato (que solo a ellos se les ha ocurrido englobar bajo el término genérico de "manners", en cuanto contrapuestas a las jurídicas, distintivamente empero más consuetudinarias que positivas), su orgullosa independencia insular, su perpetua desconfianza por las especulaciones teológicas o filosóficas, su individualismo a ultranza, lo pionero del papel jugado por ellos en la moderna libertad ciudadana, en los avances de la ciencia experimental, en la revolución industrial, o el señorío de su vocación naval, por todo aquello, en fin, que los sitúa discerniblemente aparte del resto de los europeos.

Julio Verne se anticipó a otros contemporáneos cuando ridiculizó en "Los Hijos del Capitán Grant" la tendencia de los británicos de entonces a tomar su Imperio como el punto de referencia inevitable para cualquier coordenada geográfica. Más recientemente, Pierre Daninos nos deleitó con su maliciosa mofa, en beneficio de sus compatriotas franceses, de "Les Carnets du Mayor Thompson"; y aún recuerdo al casticísimo José María Pemán que, en alusión humorística a la flema británica, comentó, allá por los albores del "boom" del turismo en España, que un hotel lleno de ingleses parecía vacío mientras que otro, con tan solo una familia española, ruidosamente repleto. El humor seco de los mismos ingleses y escoceses se ha

volcado repetidamente sobre las obvias diferencias entre ellos y los "continentals". Incluso, cuando hace dos años se inauguró el túnel bajo el Canal de la Mancha (que ellos, naturalmente, Llamen el "English Channel") no se hizo esperar el súbdito de Su Majestad que manifestara por la BBC preferir esa misma conexión a través del Atlántico, hacia el Canadá o los Estados Unidos, a los que se sentía más afín, antes que hacia esos incorregibles autoritarios del Continente.

No es de extrañar, pues, que la universidad en la Gran Bretaña no se reduzca a una mera alternativa (como lo ha sido la alemana de la francesa) sino que se nos ofrezca como algo bien diferenciado, que, a nosotros, en la América Latina, nos resulta, además, muy ajeno a lo que tradicional-mente hemos entendido por universidad.

El primer rasgo sobresaliente de ese sistema típicamente británico es su autonomía del Estado. No importa que nueve de cada diez libras esterlinas para financiarlo provenga de los bolsillos de los contribuyentes. Hasta fecha tan reciente como 1969, cuando se fundó en Londres la Universidad Abierta por carta real, ninguna había sido establecida formalmente por el Estado. Esta es otra peculiaridad cuya explicación quizás podamos intentar extraerla de su historia. La universidad moderna en Francia surgió del cataclismo social de la Revolución; en Alemania, de la no menos traumática derrota de Prusia por Napoleón, con la consiguiente profanación humillante de su suelo por tropas extranjeras; en ambos casos, como resultado de un esfuerzo nacional *deliberadamente* diseñado para hacer frente a una emergencia sin precedentes. La Gran Bretaña, en cambio, no ha conocido algo parecido desde la conquista normanda de 1066, más de un siglo antes del surgimiento de su primera universidad en Oxford. El sistema hoy vigente en Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda del Norte es la culminación de una larga evolución sostenida y espontánea, sin sobresaltos ni terremotos sociales que justificaran una heroica coordinación racional por el Estado de todas las fuerzas colectivas. La universidad británica conserva, por ello, parte de aquella fresca colegiada de maestros y discípulos a la que debe sus comienzos, cuando constituyó un bienvenido paso hacia delante más allá de las escuelas catedralicias de la Edad Media. No responde ante ningún Ministerio; ningún representante del gobierno se sienta entre sus

autoridades; contrata con derecho exclusivo a sus docentes y administradores; escapa también al control de cualquier autoridad local; tiene, en fin, de veras, esa libertad a la que nosotros hemos aspirado, pero lamentablemente también mediatizado con la política.

LA ALMA MATER ADECUADA

El sistema británico de educación superior parece ser uno de los más adecuados del mundo a un mercado de consumidores selectos. Al fin y al cabo, instituciones que nos han dado gigantes de la talla de Isaac Newton, Adam Smith y Charles Darwin, seguidos y acompañados por brillantísimas constelaciones de sabios y artistas de vanguardia en todos los campos del saber, parecen garantizar "a priori" la calidad excepcional de sus egresados.

En la cauda de la dicotomía sugerida por Sir John Hicks entre organizaciones estructuradas "desde arriba" o "desde abajo", la universidad inglesa ha sido, a todas luces, la respuesta apropiada para la demanda de sus consumidores, es decir, "desde abajo".

No son masivas; únicamente la de Londres supera los quince mil estudiantes. En cambio, son ferozmente competitivas. Ingresar a cualquiera de ellas resulta más complicado que en los equivalentes modelos francés o alemán. El examen de cierre de la educación secundaria (un Certificado General) incluye asignaturas que deben haber sido aprobadas a un nivel de o "avanzado" u "ordinario". Pero la posesión de un Certificado General no le significa al aspirante automáticamente un puesto asegurado en la educación superior. El mínimo que se le exige es el de haberlo obtenido con dos pases avanzados y otros ordinarios, pero aun este requisito habitualmente se ha hecho más riguroso con el paso de los años, según la universidad de que se trate.

A lo anterior habría de añadirse otro rasgo muy distintivo del sistema británico: la estrecha supervisión del estudiante de pregrado por un "tutor" que le individualiza el curriculum y sus metas profesionales. Esto entraña el estudio, su parte, "a tiempo completo", lo que le reduce la formación especializada a un promedio de tres años. Esto se hace posible, además, por la tradición de las residencias universitarias, obligatoriamente asignadas durante los primeros dos años, que constituyen otro integrante esencial de

concepto del "campus" universitario en la percepción anglosajona.

En general, la enseñanza entre ellos es más especializada que, entre nosotros, aunque esto se halle hoy crecientemente sujeto a revisión. Ello se combina con otra característica: la de los examinadores externos, esto es, la de las pruebas que evaluadas por grupos de profesores distintos que las diseñaron y realizaron. Se persigue, así lograr una cierta uniformidad en la calidad de los títulos otorgados.

La autonomía de la universidad es cuestión más del "common law" que del derecho positivo. Oxford y Cambridge, las dos de más abolengo, son por ello un mundo aparte. En realidad, constituyen federaciones de "Colleges" independientes que moldean y estructuran la enseñanza superior a su talante; la "Universidad" solo tiene las atribuciones y capacidades que le delegan los "Colleges" cada uno de ellos gobernado a su vez por una Junta de "Fellows" -en su mayor parte electos de por vida- y presididos por un Maestro, escogido por ellos y también de por vida. En las demás universidades, el principal órgano de autogobierno es el Senado, bajo la presidencia de un Vicecanciller, igualmente electo de por vida. Paralelo al Senado, pero por escogencia del mismo, existe un Consejo encargado de la administración y de las finanzas. En este respecto, el aporte del Estado se ha incrementado generosamente a través del Comité Universitario de Subvenciones ("University Grants Committee"), cuyos miembros, nombrados por el gobierno, pero mayoritariamente activos antes de su nombramiento en la enseñanza superior, visitan cada universidad e identifican sus necesidades presupuestarias para todo un quinquenio. Por tradición, sus recomendaciones son seguidas a de la letra por el Ministerio de Finanzas, sin enmiendas. "No hay éxito como el éxito", reza un viejo refrán de ese pueblo tan civilizado; y la emulación que de sus prácticas se propaga hoy todo el planeta parece ratificarlo.

ALMA MATER A LA MEDIDA

Con el trasplante de los europeos a América, muchas de sus instituciones acarreadas al Nuevo Mundo, entre ellas, por supuesto, la Universidad, hubieron de adaptarse a un entorno enteramente diferente, más en su mitad septentrional anglosajona que en su meridional ibérica, y por eso vale la pena que

nos detengamos en cada una de ellas siquiera a vuelo de pájaro.

Aunque Iberoamérica, con la que estamos más familiarizados, se les adelanto casi un siglo, dos rasgos principales resaltaron entre los colonos de América del Norte de esa experiencia temprana: una, desde sus inicios en la Harvard constituida a imitación de la de Cambridge -ya en el segundo tercio del siglo XVII- la transferencia, en cuanto depositarios últimos de la autoridad universitaria, del claustro de profesores a una junta de fiduciarios escogidos de entre los líderes de la comunidad religiosa local o de la de negocios; otra, la democratización del currículo, ocurrida durante la segunda mitad del siglo XIX, para adaptarlo a las prioridades de un creciente mercado de agricultores independientes en proceso de industrializarse. Esto último habría de desembocar en una tercera innovación: la idea, muy generalizada hoy por todas partes, de la universidad como un centro de irradiación de servicios prácticos y especializados para toda la comunidad.

En el siglo XX, sobre todo desde la Segunda Guerra Mundial, han proliferado en los Estados Unidos los centros de educación superior hasta rebasar el número de tres mil. De ello se ha derivado otro rasgo que les es muy distintivo: la heterogeneidad, sin paralelo, en contenido y calidad, de la oferta universitaria. Por eso se hallan reunidos en ese país, que más bien es un continente, mucho de lo mejor y algo de lo peor de la educación superior, lo que la ha elevado en su secuela al nivel de un magneto mundial, que ha terminado por que uno de cada cuatro de sus profesores haya nacido fuera de sus fronteras, así como uno de cada cinco de sus estudiantes. Igualmente los distingue una envidiable facilidad económica de acceso al escalón superior para la masa de los estudiantes que hubieren completado su educación secundaria. Un caso sonado, por ejemplo, la ley que subsidio por muchos años los estudios superiores de los veteranos, como un reconocimiento agradecido a sus méritos patrióticos. Hoy, esa facilidad extendida como un cuasi derecho ("entitlement"), se traduce a una proporción de traspaso de la secundaria a la Universidad por lo menos cinco veces mayor que entre sus correspondientes congéneres de la Europa occidental.

Aunque la educación universitaria ha sido predominantemente asunto de iniciativas privadas,

desde la gran Depresión de los años treinta ha crecido sin cesar la presencia pública federal y estadual, como un rasgo adicional del Estado benefactor ("Welfare State").

Así, solo en los Estados Unidos se pueden encontrar universidades privadas, como la de Chicago, galardonada en sus docentes con una sesentena de premios Nobel en ciencias. Solo allí, paralelamente, se da un sistema estadual superior, como el de California, que cuente simultáneamente con centros de máximo prestigio internacional, tales los de Berkeley, en San Francisco, o UCLA, en Los Ángeles. Únicamente entre ellos, por otra parte, podemos tropezar con programas remediales mínimos, mantenidos de los bolsillos de los contribuyentes, en favor de minorías étnicas, o con instituciones de la más sólida tradición académica, como el Hillsdale College que, por principio, se niegan a aceptar ni un centavo de ayuda pública.

"No todo lo que brilla es oro", reza el refrán. La educación universitaria también afronta allí, en algunos lugares, problemas como los de la masificación, el despilfarro, el descenso de la excelencia docente, el retroceso en la libertad de cátedra y de investigación (por fenómenos recientes como el del "politically correct thought"), hasta fraudes ocasionales, que plagan a otros sistemas en otros países. Pero las variadísimas y gigantescas redes de agendas acreditadoras de instituciones superiores permiten a cada aspirante la escogencia de programas universitarios a su medida ("custom made"), de manera que cada uno pueda identificar el nicho de calidad y entrenamiento en el que crea poder situarse con mejores ventajas competitivas. Como diría Sir John Hicks, también es otro panorama que parece más dibujado "desde abajo" que "desde arriba".

NUESTRA ALMA MATER VICARIA

Como en tantas otras cosas, los Estados Unidos nos son, sin haberlo pretendido nadie, un campo de experimentación universitaria. Su influencia se ha hecho sentir entre nosotros desde hace mucho rato, ya sea por los egresados guatemaltecos de regreso a la patria, ya sea por la creación en 1961 de la primera universidad privada, la Rafael Landívar, y de otras que le siguieron después al estilo de las de allá.

Oímos otros ecos de ese influjo: al igual que aquí, las universidades privadas norteamericanas añaden

imprescindibles pinceladas al policromo tapiz del pensamiento, del adiestramiento profesional y del arte. Es más, la existencia de universidades privadas, libres del control público, garantizan a las estatales y federales el espacio para una equivalente libertad de cátedra y de excelencia académica, que las mantiene competitivas.

En casi todas ellas, el papel del Rector es de mucho más peso que en las europeas con respecto al aseguramiento de fondos para la ampliación de las instalaciones, la retribución de los docentes o el desarrollo de la investigación. No se espera de él, necesariamente, que sea una luminaria intelectual, pero sí un agente dinámico y eficaz del respectivo Consejo de Fiduciarios, así como que sirva de puente para las bien organizadas asociaciones de exalumnos que, por tradición, contribuyen voluntaria y generosamente a la capitalización de su Alma Mater.

El pensum de cada carrera no se rige tanto por exámenes finales como por frecuentes exámenes minúsculamente parciales y por pruebas numerosas de laboratorio que mantienen al estudiante en sus lecturas y tareas bajo una supervisión de su rendimiento implacablemente sostenida. Ello entraña una dedicación a tiempo completo; para los que trabajan y todavía quieren superarse, se han multiplicado los "junior colleges" y los programas de educación continuada para adultos, pero sin pretensiones competitivas. Por eso resulta allá más importante para la obtención de un diploma el número de "créditos" acumulados (horas de trabajo en el aula) que los años de escolaridad. Por eso, también, la cantidad de asignaturas electivas llega a constituir una cuarta parte del total en los primeros dos años de "College" y se abre aún más en los siguientes dos al demandarse del estudiante la elección de una o dos áreas de concentración principales y de otra secundaria. Paralelo a ello, los variadísimos centros de educación superior lo proveen del alojamiento apropiado para tan disciplinada rutina, así como de instalaciones deportivas que lo mantengan sanamente activo y afectivamente identificado con su "alma mater". A diferencia de nosotros (y de los europeos del Continente) la formación general de los jóvenes en el "College" precede a aquellas más especializadas de las maestrías o de los doctorados, para cuyos

departamentos se reclutan profesores más bien que para asignaturas fijas.

Un problema muy debatido durante el último medio siglo lo ha sido la creciente dependencia de los profesores titulares de aquellos fondos para la investigación asignados por el Gobierno, sobre todo con objetivos militares y de seguridad externa, a costa de la calidad de la docencia, con demasiada frecuencia en manos de auxiliares. Otro, los programas de "acción afirmativa" para resarcir a minorías varias por los supuestos daños de las discriminaciones del pasado. No menos preocupante, la erosión de la "ética del trabajo" entre las generaciones mimadas por una sociedad opulenta y cada vez más permisiva.

En los Estados Unidos se toma, en cambio, muy en serio la profesionalización a nivel universitario de los maestros de la educación primaria y secundaria, lo que ha llevado a la proliferación de las Escuelas de Educación que culminan en el grado de Doctor en Filosofía y de sistemas estatales cada vez más estrictos de certificación y actualización de los mismos.

Thomas Jefferson, el redactor de la Declaración de Independencia, quiso legar a su pueblo la Universidad de Virginia en Charlottesville para la formación de sus futuros líderes. Más de dos siglos después continúa ese vasto experimento social en torno a la libertad del individuo. De sus errores y aciertos todos aprendemos, lo que es una razón adicional para nuestra espontánea gratitud por esos ensayos que a la postre nos resultan gratuitos.

LA ALMA MATER: SU MAYOR MUTILACIÓN

Ahora que acaba de cerrarse el experimento soviético de poco menos de tres cuartos de siglo de duración, y a más de medio siglo también de los ensayos totalitarios del fascismo, antes de embarcarnos en otra de nuestras breves excursiones por el panorama universitario, esta vez de Iberoamérica, permítaseme una pausa aún más breve sobre los intentos de mutilación del espíritu de la Alma Mater durante tanta locura planificadora ya en su ocaso.

La Universidad históricamente se hizo una fragua donde se ha templado el liderazgo intelectual de los pueblos. Pero las muchas veces que se le ha mutilado esa función (en Galileo, por ejemplo) nos han sido ocasiones siquiera para identificar, al igual que en las

enfermedades y las carencias del cuerpo, lo que debiera haber sido su funcionamiento normal. El oxígeno de la universidad se ha mostrado ser la libertad individual de contratación entre profesores y alumnos, y en la medida en que "desde arriba" se les ha arrebatado ese derecho la institución ha decaído. Por eso nos puede resultar tan aleccionador el caso soviético (y el de nuestro próximo vecino, el de la Cuba de Castro).

Rusia hizo acto de presencia tardía (inclusive dos siglos después de nosotros en América) a la palestra universitaria. Aunque los historiadores siempre se hacen lenguas de la revolución modernizadora de Pedro el Grande, no fue sino hasta treinta años después de su muerte que se fundó la primera universidad en Moscú, pero como una agencia más del Estado (al igual, hasta cierto punto, que la Iglesia Ortodoxa). Al estallido de la revolución bolchevique había una veintena de ellas en el vasto imperio de los Zares y ya se habían anotado a nivel internacional algunos logros científicos impresionantes a través de esfuerzos pioneros como, por ejemplo, los de Lobachevski, Mendeleiev y Pavlov. Pero la febril actividad intelectual y artística de esas excepciones discurrió a espaldas de una masa social inerte que nada había conocido de las comunidades independientes de monjes medievales, ni de la exaltación de la creatividad individual del Renacimiento, o del cambio epocal de la Revolución Científica del siglo XVII en Occidente, como tampoco del inquisitivo cuestionamiento de la legitimidad política propio de la Ilustración. Fueron unos pocos aquellos, los héroes "europeizados", que hubieron de enfrentarse bien pronto, desde inicios del siglo XIX, a los reaccionarios "eslavófilos".

En la Unión Soviética, sobre todo bajo Stalin, se les impusieron esfuerzos gigantescos por ampliar y poner al día el adiestramiento de los futuros profesionales, acorde a los sucesivos planes quinquenales, mayormente en las áreas de las ciencias naturales básicas y de las aplicadas, donde el espíritu crítico se esperaba que se inquietara menos. Las llamadas "ciencias sociales", en cambio, la creatividad humanística y la originalidad en la especulación filosófica siempre fueron vistas por las autoridades con una desconfianza todavía mayor que en tiempos de los Zares, y sujetas, por tanto, a estrictos controles ideológicos. Universidades, institutos y politécnicas fueron rebajados a dóciles herramientas del Estado

para la forzada industrialización de la entera sociedad y, muy en particular, I para la construcción de una industria militar globalmente competitiva.

Todo ello fue de la mano de la alfabetización regimentada de los obreros y campesinos -quienes en 1917 todavía habían arrojado índices de analfabetismo comparables a los de la Italia de ese mismo tiempo-, con un énfasis, muy de alabar, por cierto, al nivel de la enseñanza secundaria, en las habilidades lógico-matemáticas. El acceso a la universidad devino por decreto cada vez más riguroso, al mismo tiempo que se diseñaba la ampliación de la base de reclutamiento entre los asalariados salidos de las organizaciones colectivas del Partido, la administración estatal o las haciendas comunales campesinas, de quienes habitualmente se requería un promedio de un ario más para completar su formación superior. Aunque la herencia de esta reciente versión del "despotismo ilustrado" se ha traducido a grandes números de ingenieros y científicos de superior calidad y de admirable obediencia, su espíritu de iniciativa se ha visto mellado, lo que ha significado, a su turno, un costo humano enorme a la hora de medirse con los riesgos del mercado.

Unos dicen que el bloque soviético se desintegro por la ausencia de precios libres que hicieran posible la asignación racional de los recursos; otros, porque el corset de hierro pro-ruso acabo por exacerbar el resentimiento de sus otras nacionalidades. Con respecto al papel jugado por el fermento universitario, prefiero la formulación atribuida a Napoleón: "Con las bayonetas se puede hacer todo menos sentarse en ellas".

LA ALMA MATER DE LA ESPERANZA

A Iberoamérica la llaman hogar trescientos millones de personas.

Su territorio abarca el 98% de lo que la percepción ajena, que no la propia, asigna a la incorrectamente llamada América Latina.

En ella, como en ningún otro espacio del planeta, confluyen en paz los tres ríos principales de la humanidad: el mongólico, el caucásico y el africano.

Su geografía es convulsionada, como corresponde a una geología también joven, amplia empero como la primera ilusión, y variada como su virgen flora.

Sus raíces se remontan a miles de años atrás en la Asia, Europa y África de allende los océanos. Su historia acaba de ceñir los laureles de un quinto centenario del encuentro, tardío, de dos culturas, tal como se cuentan los siglos del ascenso civilizado.

Es un continente de asombrosa juventud, un Nuevo Mundo, una tierra de esperanza.

La universidad le llevo sobre los hombros de frailes dominicos de flamígero verbo, a la que habrían de poner coronas jesuitas "caballería ligera del Papa".

Su autonomía todavía hoy apenas asoma en eclosión por entre los picos añejos de otros hemisferios, después de cien años caóticos de haber cortado sus amarres con la Madre Iberia.

Su consolidada democracia es de la más reciente data, al cabo de lustros de tradición autoritaria. Por eso mismo resuena en toda ella, más que en las cónicas de la vieja Europa que le sirven de modelos, un canto nuevo de esperanza.

Ortega creyó a los iberoamericanos más sensibles que racionales; Humboldt, en cambio, había creído reconocer en ellos, muchos años antes, una vez más, la esperanza del Ilustrado.

Todo está por hacer en Iberoamérica, luego todo queda por esperar.

Al volar rasantes sobre su paisaje humano, contra todo pronóstico derrotista, nos sale al camino, inevitable, la risa de su juventud esperanzada. Siguiendo a Bécquer, ¿cuánta nota no duerme en sus cuerdas, cuantos genios en el fondo de sus almas?

Es a la Universidad iberoamericana a la que quiero adivinarle su camino hacia adelante; queden atrás novecientos años ansiosos, confusos y desconcertantes de tanteos y logros en otras riberas al norte de las nuestras. No pretendo condenar, pero tampoco, mucho menos, callar. Quien está seguro de sí, a todo se atreve.

Mi meta es el tercer milenio; mi viento, el que agita a la vida en ciernes del sabio que surgirá de la Alma Mater iberoamericana.

LA MATER INSUFICIENTEMENTE "ALMA"

La educación superior en Iberoamérica no parece haberse mostrado en su desarrollo y actualización a la altura de lo que de ella pudo haberse esperado en el momento de exaltación de las independencias nacionales de 1810 a 1825. Ello simplemente confirma

que la Universidad está en función del entorno del resto de la sociedad. Las nuestras fueron convulsionadas a todo lo largo del siglo XIX por el intento de asimilar las grandilocuentes resonancias de las teorías que precedieron a la Revolución Francesa, y que fueron traducidas a la práctica, con muchos altibajos, en todo el mundo atlántico durante esos cien largos años.

En parte ello se puede explicar porque la formación universitaria había estado restringida hasta aquel entonces a una minúscula fracción de criollos y peninsulares, con curricula obsoletos, todavía muy alejados de los avances de las ciencias modernas que les eran contemporáneas en Europa. En parte, también, porque el tejido social de nuestros pueblos, abrumadoramente analfabetos, era muy diferente del de aquellos otros donde las luces de la Ilustración habían penetrado ya en vastos sectores de la población. Pero, principalmente, porque los grandes movimientos políticos nos resultaron otras tantas importaciones, difíciles de digerir en el abigarrado mundo semifeudal predominante entre nosotros. Con la ventaja de la perspectiva de casi doscientos años, nos es hoy bien fácil entrever que las expectativas grandiosas de los Libertadores fueron, en realidad, muy poco realistas. Soluciones instantáneas como las de una Constitución escrita o una estricta separación de poderes no funcionaron ni al corto ni al mediano plazo, ni siquiera en el suelo de la Francia que las había visto nacer, cuando menos entre nosotros, como probables panaceas para el progreso que ingenuamente se esperaba.

Entre 1821 y 1833 se fundaron diez nuevas universidades, entre ellas la de Buenos Aires. El mismo Bolívar fundó dos en Perú (Trujillo y Arequipa). En la década siguiente surgieron otras cuatro, la de Chile entre ellas, y diez más a lo largo y ancho del continente durante la segunda mitad d siglo. También hubo sus retrocesos: la universidad de México, suprimida en 1865 porque se la asociaba con el colonialismo, y no reabierta hasta 1910.

Durante toda esa inquieta etapa el conflicto político giró, al igual que en el modelo francés, alrededor del papel que a la religión católica habría de asignársele en la educación, principal manzana de discordia entre conservadores y liberales. Para 1870 el liberalismo anticlerical se había impuesto en casi todas partes, las facultades de Teología se habían esfumado, y la

enseñanza universitaria había pasado a ser un monopolio estatal laico. En Argentina, por ejemplo, la Ley Avellaneda de 1885 (abrogada setenta años después) prohibió explícitamente la fundación de universidades privadas, que se esperaba habrían de ser confesionales. Hubo sus excepciones: la Universidad de la República, en Montevideo, mantuvo su carácter religioso y en 1855 la Universidad de San Carlos, por un Concordato con la Santa Sede, revirtió por unos años a su condición de pontificia. Incluso en 1888 se logró establecer la Universidad Católica de Chile, de gran trayectoria hasta nuestros días y, a imitación de ella, la de Perú, treinta años más tarde.

Pero, en general, aunque de las aulas universitarias surgieron muchos profesionales brillantes, el nivel científico de vanguardia se mantuvo muy limitado, aun después de que empezaran a proliferar de nuevo las universidades confesionales y los institutos tecnológicos a partir de la década de los treinta de este siglo. Una evidencia de ello la recoge la escasez de descubrimientos fundamentales por hombres de ciencia iberoamericanos: excepciones no obstante como las del cubano Carlos Finlay, descubridor del agente transmisor de la fiebre amarilla, o de los argentinos Cesar Milstein y Luis F. Leloir, galardonados con el Premio Nobel en medicina y química respectivamente. Otra, la sostenida corriente migratoria de nuestros estudiantes universitarios hacia fuera de Iberoamérica y no a la inversa.

Tres factores principales creo poder identificar para esta creatividad relativamente pobre; dos sobrevenidos desde fuera de la institución universitaria, el positivismo y el materialismo dialectico; otro, brotado desde dentro: el corporativismo gremial de sus profesores.

EL MOMENTO INGENUO DE NUESTRA ALMA MATER

La obsesión por todo lo francés fue uno de los rasgos principales del clima intelectual de Iberoamérica durante el siglo XIX. De ahí el espacio desmesurado que le fuera abierto en nuestras aulas académicas, primero en las de la educación secundaria, después en las universitarias, al más simplista de los "positivismos" que nos llegaran de Europa: el de Augusto Comte. Fue esa la expresión más estridente de lo que Hayek ha dado en llamar "el racionalismo constructivista" o "ingenuo", el de la fe ciega en el poder ilimitado de la

razón individual del científico y, por ende, en la justicia implícita de toda ingeniería "social" o de toda dictadura "progresista".

Comte, hombre de indudable talento pero dotado de un temperamento contradictorio y sumamente complejo, egresado de aquella Escuela Politécnica creada por la Convención revolucionaria y reducida por Napoleón a una fábrica de ingenieros militares y de funcionarios al servicio exclusivo del Estado, vagó toda su vida por la periferia del "establishment" intelectual hasta refugiarse, al final de su vida, aislado y herido, en el profetismo delirante de la Religión de la Humanidad de la que él, naturalmente, se ofreció como Sumo Pontífice.

Entre nosotros, sus tres famosos estadios de la evolución de la inteligencia humana, el teológico, el metafísico y el positivo, análogos a los del desarrollo paralelo de la niñez, la juventud y la madurez en cada hombre, cautivó la imaginación de muchos pensadores que retenían la concepción optimista de las ciencias, sobre todo de la física, de la química y, eventualmente, de la biología -que descubren hechos "objetivos" y leyes "naturales"-, en cuanto ampliada al estudio de la sociedad, como nos había sido anticipada por algunos "philosophies" franceses de la Ilustración, Turgot y Condorcet principalmente.

El positivismo comtiano se impuso entre nosotros en casi todas partes; en unas, como en Brasil y Ecuador, barrió prácticamente hacia el fin de siglo con las concepciones alternativas aun de otros positivistas. En México, Cuba, la Argentina o, más tímidamente, Guatemala, (tal cual lo ilustra Jesús Amurrio en su investigación al respecto) se tradujo en una febril agitación tecnificante a costa de las tradicionales especializaciones humanísticas. Pero, aunque iban de la mano con los liberales de entonces, las pretensiones científicas de los comtianos entrañaron para muchos un fuerte colectivismo, organicista y reaccionario, opuesto radicalmente al individualismo y utilitarismo propios del liberalismo clásico de un Sarmiento o un Vasconcelos.

El método apropiado de la Sociología, según Comte en numerosos lugares de su "Curso de Filosofía Positiva", consiste en "ver cada elemento a la luz de todo el sistema"... "El espíritu científico" -añadió- "nos prohíbe considerar la sociedad como compuesta de individuos". En particular, era para él un error derivar las

tendencias sociales del hombre de consideraciones individuales utilitarias, pues esas tendencias ya "se han mostrado inherentes a su naturaleza"... "Es, por tanto, evidente que el estado social no hubiera jamás existido si hubiese dependido de la convicción de su utilidad para el individuo". Esta negación tajante de lo que hoy consideramos lo más racional y avanzado en las ciencias sociales, el análisis marginalista, habría de llevar, obviamente, dentro de la jerarquía de las ciencias, a la ulterior consagración de los nuevos sacerdotes de la era positiva, los sociólogos, a cuya autoridad última quedarían subordinados los demás tras haberse abandonado esa búsqueda ilusoria de un ilimitado "derecho a la libre investigación o el dogma de una ilimitada libertad de conciencia". En su opinión, al igual que la libertad personal de opinión no tiene sentido en la astronomía o la física, tampoco lo habría de tener en las ciencias sociales -mucho menos vía los juicios de valor estéticos en el Arte y la Literatura-, una vez los hombres se hubieren sometido a los constreñimientos rigurosos del método científico para el estudio de la sociedad.

Para Comte y sus congéneres en nuestras universidades, hasta el día de hoy, "saber es para prever y prever para poder". De esto a la prosecución del poder omnímodo y a la instancia planificadora solo hay un paso que han dado innumerables intelectuales lberoamericanos, poseídos de su propia importancia y seducidos por el atajo fácil del encumbramiento en la escala del poder político.

CUANDO NUESTRA ALMA MATER SE NOS FUE DEL BRAZO DE MARX...

El positivismo de Comte fue una especie de historicismo anticipado en un aspecto muy importante: relativizó todos los valores morales y jurídicos de acuerdo a la etapa histórica de desarrollo cultural en el que pudiera hallarse cada pueblo. Esto terminó por dar el jaque mate a la concepción multisecular, ya para entonces debilitada, de un Derecho natural y de un orden moral inmutables y abrió, por añadidura, el espacio a un voluntarismo planificador sin límites que Hayek, siglo y medio después, habría de calificar de "arrogancia fatal".

El hombre pensante, por primera vez desde los orígenes de la civilización occidental, levó las anclas que lo habían fijado en algún puerto desde donde pasar

revista a todas sus vicisitudes (el destino, por ejemplo, según los griegos, al que estaban sujetos dioses y hombres por igual; o la racionalidad del orden cósmico, para los estoicos romanos; o la providencia divina, que se revelaba linealmente en judíos y cristianos...), y se lanzó al océano proceloso de la ciencia experimental, sin más norte que el que pudiera diseñar con su inteligencia personal de las cosas. Todo esto lo habría de configurar Federico Nietzsche, medio siglo más tarde, en el grito del visionario: "¡Dios ha muerto!"

Y nos precipitamos en el entorno que nos es contemporáneo.

Un avatar gigante de ese Prometeo desatado fue Karl Marx. Pensador genial, irascible e impaciente con las imperfecciones humanas, de altibajos temperamentales extremos, se propuso nada menos que sentar las bases intelectuales definitivas para la reconstrucción deliberada del todo social, a cargo de esos nuevos dioses, los hombres mismos, quienes, por sugerencia de Ludwig Feuerbach, habrían de enjugar para siempre las lágrimas de los sollozos en las que ha consistido la historia de las masas alienadas, de hinojos ante no otra deidad que la de su propia humanidad. "Hubris", hubieran declamado, horrorizados, los dramaturgos de la Grecia clásica. "Pecado" lo habrían juzgado airados, los profetas de ambos Testamentos. "Superhombres" pudo haber agregado Nietzsche -pero con un encogimiento de hombros-, a condición de desmontar todo el andamiaje dialéctico que Marx heredó de Hegel y deshacerse, asimismo, del obsesivo igualitarismo de las utopías revolucionarias del siglo.

La universidad hubo de sentir el poderoso embate de los nuevos vientos. Aunque Marx, al igual que Comte, permaneció en la periferia académica toda su vida, su vigoroso activismo ("la praxis ha de preceder a la teoría") y sus ingeniosas emboscadas retóricas al capitalismo de su tiempo acabaron por atraer la atención de profesores enquistados en el corazón del "establishment" universitario.

Toennies, Durkheim, Weber, los "socialistas de cátedra", los estructuralistas, los fabianos y tantos más, aunque nada marxistas en el sentido global del término, se ocuparon de glosar las tesis del materialismo histórico y de la dialéctica de clases con eruditas referencias y enjundiosas investigaciones. Todo ello, mucho antes de que Lenin las ensayara en Rusia de la mano de su "centralismo democrático".

No hay duda de que en Iberoamérica la corriente marxista irrumpió con fuerza en muchas universidades estatales, y aun logro instalarse cómodamente en algunas de ellas después de la segunda guerra mundial. Hasta entonces, el marxismo había tenido entre nosotros sus pioneros entusiastas, pero en ningún momento había parecido para el universitario medio "la ola del futuro". A ese cambio pudieron haber contribuido el descrédito de los modelos alternativos, el nacional socialista recién derrotado, y el liberal, empañado por la memoria todavía fresca de la Gran Depresión; además, el antiyanquismo latente en casi todas nuestras manifestaciones literarias desde los tiempos de Teodoro Roosevelt, y el hecho de que la Guerra Fría nos confinara al patio trasero de los Estados Unidos.

Para los catedráticos, inseguros y mal pagados, se encerraba en todo esto otro aliciente: la conciencia de su crecida importancia en el esquema intelectual de las cosas, sobre todo frente a la cada vez más detestada "burguesía empresarial" y la no menos insoportable, por autoritaria, "burguesía burocrática". El socialismo del Tercer Mundo, en cambio, sobre todo el de Castro, se le ofrecía rutilante, como el nuevo arranque hacia la sociedad sin clases, la oportunidad perdida por el stalinismo y el trotskismo de la entre-guerra, supuestamente ahora recobrada desde la periferia, la de los países exportadores tan solo de materias primas.

A la universidad, como al movimiento sindical, se le redujo así a un arma más en el arsenal clasista, a sumar a una cruzada sin cruz, al menos hasta que se asomó sobre el horizonte ideológico la Teología de la Liberación.

EN ALGUNA ALMA MATER SE HA DELIRADO HASTA "PROFÉTICAMENTE"

La Teología de la Liberación no ha sido un fenómeno estrictamente universitario, sino más bien conjuntos de "reflexiones" de tipo teológico desde la "praxis", pastoral ("comunidades de base") en unos casos, política ("cristianos por el socialismo") en otros. Además, no ha constituido una corriente de pensamiento homogénea, al extremo de que se podría hablar con justicia de contrapuestas "teologías de la liberación". Por último, su apogeo fue solo episódico, entre los encuentros episcopales de Medellín (1968) y de Puebla (1979). Pero si valiera la pena detenernos en ellas dentro del contexto de una reflexión crítica en

torno al curso de nuestra educación superior, lo retrotraería a su evidente proyección conflictual sobre las universidades católicas, paralelo al del clasismo del marxismoleninismo, de dialéctica hegeliana más ortodoxa, sobre las estatales. Esto último ha resaltado en diversas regiones de Iberoamérica, pero en ninguna, quizás, tanto, como en esta Centroamérica nuestra. Mucho del enorme despilfarro de vidas y bienes que nos han diezmado por los últimos treinta años es inmediatamente atribuible a esas posturas ideológicas de unos pocos, a veces trágicamente delirantes, escudados tras el fácil recurso a la "profecía" a partir de lo que ellos dieron en identificar como "signos de los tiempos" (término oficializado dentro del magisterio eclesiástico por el Concilio Vaticano II).

Las universidades católicas en Iberoamérica habían resultado un colofón paradójico a los intentos secularizadores, vía la monopolización estatal de la enseñanza, de los liberales del siglo pasado. La fe de nuestros pueblos se mostró invencible y, sobre todo desde la segunda guerra mundial, vivió un renacimiento espectacular al nivel de la educación superior privada, anclada en valores y principios auténticos de la Iglesia Católica. También en Centroamérica. Por una ironía de la historia, ello parece haber sido hecho posible gracias a esa separación de la Iglesia y el Estado, tan cara a todos los liberales anticlericales desde las revoluciones francesa y americana.

Pero el socialismo de tercer mundo que ejemplificó Fidel Castro con su Revolución se mostró, desde lejos, demasiado seductor para muchos seminaristas y universitarios que nunca habían sido previamente expuestos a un conocimiento claro de cómo funciona el mercado, mucho menos de los marcos moral y jurídico que le son imprescindibles. Esto me consta personalmente. En cambio, en muchos centros educativos se les indigestó, a veces ya en la secundaria -y también en ciertos rincones de la Europa pensante como Lovaina y Deusto- con la "racionalidad" supuestamente "científica" del método marxista de análisis, así como de cursos de sociología, ideológicamente sesgados hacia la teoría de la dependencia, sobre la "realidad" social y económica de Iberoamérica. Si a ello añadimos los espacios para la experimentación y la disidencia abiertos dentro de la Iglesia por el Concilio y por la ulterior conducción de la misma, vacilante y atormentada, de aquel Hamlet muy

Acta Académica

condicionado por el pensamiento de franceses principalmente de Jacques Maritain y Emmanuelle Mounier-, el Papa Pablo VI, nos podemos explicar mejor el frenesí de ensayos liberacionistas que se precipitó sobre nuestras cabezas desde los supuestos "proféticos" de la fe de algunos.

La lectura de la abundantísima retórica "liberacionista" nos impacta como muy ajena a la descripción desapasionada y serena -positiva diría yo- que solemos reconocer como característica de la ciencia, especialmente de la experimental moderna. Son alegatos condenatorios, que arrancan dogmáticamente de "la opción preferencial por los pobres" contra las "estructuras de pecado" capitalistas que, según ellos, nos deshumanizan, provistos, eso sí, de sus correspondientes recetas de socialismo, -caricaturas muy simplistas más bien-, de su superación por medios políticos o por medios violentos, según la óptica de cada "profeta". Un caso reciente de escaramuza de retaguardia de un profetismo marxistoide en retirada lo constituye, por ejemplo, el panfleto editado bajo la autoridad del Arzobispado de Guatemala e intitulado: "Los cristianos frente al neoliberalismo".

El daño en muchas mentes inmaduras ya está hecho; ahora no nos queda más que restañar compasivamente en los adultos tantas heridas y reanudar el avance científico en nuestras universidades, ajenos a esos extremos gratuitamente politizantes de la vida entera, incluida la esfera más íntima y personal de todas, la de la fe en Dios.

ALMA MATER EN GUATEMALA

Guatemala tiene más de trescientos años de experiencia universitaria. Esto le da una cierta acumulación histórica ventajosa sobre gigantes, por ejemplo, como el Brasil, cuya primera universidad data de solo 1920.

Su panorama actual despliega ante cualquier observador, con claridad meridiana, las dos vertientes, "desde arriba" y "desde abajo" -según aquella dicotomía organizacional avanzada por Sir John Hicks a la que he aludido antes-, predominante en Iberoamérica.

Por el término "desde arriba" entiendo en este caso la estructuración autoritaria, anclada en la Constitución de la República y reglada por la respectiva ley orgánica, que concentra el monopolio de la enseñanza superior

estatal en la Universidad de San Carlos; "desde abajo", las múltiples universidades privadas, abiertas a la inmisericorde competencia del mercado tanto de la formación profesional como de la investigación teológica, filosófica o científica.

En el primer sistema, la tutela explícita del Estado se endereza hacia la protección de la "oferta" académica en las personas de sus catedráticos y de su personal administrativo; en el segundo, el consumidor, esto es, el discente, es el rey, y los programas y carreras por necesidad han de ser acoplados a sus preferencias, que hace obvias al momento de matricularse, así como a la capacidad de pago de su "demanda" agregada.

El primero es el heredero de la tradición multiseccular de mando, eclesiástico y monárquico primero, laico y republicano después; el segundo -que aquí arrancó en 1961- se ha hecho un exponente de la igualdad contractual en las opciones académicas arrancadas al Estado nacional benefactor durante el último medio siglo por el dinamismo de iniciativas cooperativas voluntarias en algunos de sus ciudadanos.

En el primero, resulta muy difícil soslayar el juego político -sobre todo dado el sistema tripartito vigente de elección de sus autoridades al margen del rendimiento académico-; en el segundo, la actualización especializada, políticamente neutra, y el aproximado ajuste de sus programas al segmento del mercado universitario en el que cada institución busca situarse, se les hacen de vital importancia, aun para su mera supervivencia institucional. Nada evidencia este contraste como la continua migración de profesores y alumnos, ansiosos de dar y recibir formación más promisoría, desde la Universidad de San Carlos hacia las privadas, y no tanto viceversa.

En el primero, la rigidez presupuestaria, rasgo de las inversiones públicas, -por abundantes que se dispensen las asignaciones- dificulta la agilidad en la innovación y aun fomenta los conflictos regateos sobre prioridades entre Facultades, Departamentos y personas, que los debilitan; en el segundo, la flexibilidad en la toma de decisiones lo acerca más a la eficiencia oportuna, típico de 1 actividad empresarial de éxito.

En el primero, la seguridad futura del ingreso y la igualdad previsible en las credenciales se erigen en los valores últimos para determinar los criterios de acceso

a la educación superior; en el segundo, las aspiraciones personales, muy desiguales en dirección e intensidad, y las respectivas voluntades de sufragar sus costos del bolsillo propio, o con ayudas ajenas laboriosamente procuradas, son las condiciones primarias para llenar requisitos ulteriores de rigor académico con los que cada universidad pretende filtrar la calidad intelectual de sus graduandos.

El primero -sobre todo desde la consolidación de la versión dominante de la autonomía universitaria- ha servido de refugio, en unas áreas académicas más que en otras, para teorías que ya se han visto desacreditadas y falseadas en el campo de la práctica; en el segundo, su dependencia relativa de implacables mercados lo mantiene en una permanente revisión y depuración de sus paradigmas, de acuerdo a los resultados de lo que se experimenta en la realidad, por dolorosos que esos procesos a veces sean.

Todo esto ha hecho que en Guatemala se ensanche continuamente la brecha de los logros entre quienes a un alto costo de productividad al corto plazo se han graduado en las universidades privadas y aquellos otros que creyeron no tener otra opción que la de resignarse -a un costo de oportunidad muchísimo más bajo al corto plazo, pero notablemente más alto al largo al diploma refrendado por la carolingia.

LA ALMA MATER DEL PRIVILEGIO

En Guatemala sucede que la universidad estructurada "desde arriba", esto es, la de San Carlos (USAC), es la de todos porque entre todos la mantenemos. Además, la que numéricamente más pesa. También la de más abolengo, de manera que todavía aproximadamente ocho décimas partes de los profesionales en ejercicio son sus egresados. Por último, obviamente, la más privilegiada por los legisladores, tanto al nivel constitucional como al ordinario.

Este último rasgo, que algunos pudieran considerar un activo es, en verdad, su mayor pasivo. Porque todo privilegio tiende a protegernos de los desafíos que nos mantendrían individualmente alertas y creativos; esto vale lo mismo para la actividad empresarial que para la académica, pues deriva de esa tendencia en nuestra naturaleza hacia la ley del menor esfuerzo, es decir, a maximizar beneficios y minimizar costos, si es posible aun a expensas del sudor ajeno.

Los privilegios que se han acumulado al paso de los años sobre docentes, administradores y discentes, a los ojos de una opinión pública escéptica que no se ve inmediatamente beneficiada por ellos, se han debido en buena parte, desafortunadamente, más a motivaciones de índole estrictamente ideológicas que académicas. Por ejemplo, ¿por qué ha de reservarse a la USAC un puesto en la Junta Monetaria? 10 en la Junta Directiva del IGSS (Instituto Guatemalteco de Seguro Social)? ¿o entre los magistrados de la Corte de Constitucionalidad? A este último respecto recuerdo que cuando esa Corte decidió, por un margen de solo un voto, legitimar lo actuado -con dudosa constitucionalidad- por el Presidente Serrano en el caso de Belice, en aquella mayoría favorable de cuatro sobre tres figuró el voto del magistrado propuesto por la Universidad. Se oyeron entonces voces de reclamo en su contra, a lo que él respondió que había votado según su conciencia y que no estaba en absoluto requerido a dar explicaciones ante nadie. Tenía razón. El error, si lo hubo, estaba en el texto constitucional que previamente le había reconocido a esa universidad -y solo a esa universidad- aquel y otros puestos en los organismos del Estado que se suponen dotados de una representatividad *corporativa* que nada tiene que ver con las habituales funciones académicas de una casa de estudios superiores. Lo mismo se diga del privilegio paralelo de iniciativa de ley, que debería ser capacidad exclusiva de quienes han sido electos de acuerdo al padrón electoral del pueblo entero. Otro tanto de ciertas disposiciones reglamentarias que traducen la autonomía universitaria en una absoluta *independencia* financiera de los controles por aquellas autoridades - como la de los diputados- debidamente electas por quienes le sufragan sus gastos con sus impuestos. De nuevo recuerdo que cuando a principios del año pasado el Congreso de la República designó a tres de sus miembros -exalumnos de la USAC- para hacer un examen de la ejecución del presupuesto de la Universidad durante los últimos años, esta presentó un recurso de amparo que le fue concedido.

Todo eso con certeza distrae de las tareas apropiadas para cualquier universidad e introduce ambiciones y espacios políticos que ya al mediano plazo la perjudican por constituirse en cuerpos que le son totalmente ajenos.

El mismo precepto constitucional que le canaliza el cinco por ciento del presupuesto operacional de la nación -mayor que lo asignado para la administración de la justicia-, sin ninguna consideración de su rendimiento ni de las necesidades constantemente cambiantes de inversión y reprogramación académicas, es una fórmula segura para el inmovilismo de la oferta y para un desmesurado crecimiento de la demanda, sobre todo si a ello se añade el haberse descartado exámenes de admisión rigurosos o fijado límites temporales estrictos, de permanencia o de repetición, a los estudiantes matriculados en ella.

El argumento que intenta justificar todo ello por tratarse de la universidad del pueblo equivale a suponer que al pueblo ha de bastarle lo mediocre, no lo excelente, lo que a su vez entraña una grave injusticia para los futuros beneficiarios -sobre todo los más pobres- de esos servicios que no habrán de contar con otra opción que la de profesionales menos competitivos. Bajo el rectorado del Ingeniero Jorge Arias de Blois, un honorable y prestigiado investigador y demógrafo, se ensayó por los años sesenta un prometedor programa de estudios generales para nivelar a los estudiantes que arribaban menos preparados para cumplir con los programas universitarios, pero fue descartado lamentablemente pocos años después en aras de una democratización mal entendida de la excelencia en el aprendizaje. Quizás esto ayude a explicar por qué en las décadas subsiguientes a muchos frustrados de talento les pareciera no poder seguir otro camino que el del activismo subversivo... o la emigración.

LOS INTERESES CREADOS EN LA ALMA MATER

El 28 de enero se cumplieron cincuenta años de la ley orgánica que reglo la autonomía universitaria decretada poco más de dos años antes por la Junta Revolucionaria de gobierno. Dado el espíritu crítico que según algunos ha de ser votación de la Universidad, hubiera podido esperarse una revisión ponderada de la relación costos-beneficios de la enseñanza superior durante este medio siglo, o, al menos, que la Dirección de Registro y Estadísticas hubiera publicado un informe pormenorizado sobre los egresados de la misma en ese lapso de tiempo o sobre las tendencias en las proporciones de alumnos por profesores. Pero la celebración se redujo, para los contribuyentes que

permanecemos sus observadores desde la periferia, a la usual retorica defensiva de las "conquistas" de la revolución de octubre, incluida, por supuesto, la autonomía universitaria. Por eso no está de más que, a falta de otros análisis más autorizados, aventuremos el nuestro desde estas páginas.

Por ejemplo, ¿qué ha sucedido con el artículo segundo de su Ley Orgánica que reza así: "Su fin fundamental es elevar el nivel espiritual de los habitantes de la República..."? ¿Ha sido esto conciliable con la violenta agitación leninista que llevó a numerosos catedráticos y alumnos a una temprana y lamentabilísima muerte, o al despilfarro de sus talentos por tres décadas de enfrentamientos armados? ¿O qué mostrar hasta ahora en evidencia del artículo ochenta y cuatro de sus Estatutos que norma: "La calidad de estudiante universitario implica primordialmente un alto sentido ético, una dedicación a las actividades culturales, sentido de responsabilidad patriótica y cívica, ¿y el compromiso estricto de hacer en todo tiempo honor a la Institución..."? ¿Son estos los rasgos distintivos de la AEU (Asociación Estudiantil Universitaria)?... O tomemos el ciento cuarenta y cuatro de los mismos que advierte: "Los alumnos regulares y oyentes de las Escuelas Facultativas están obligados a conservar el orden, mantener la disciplina en la Universidad y procurar e enaltecimiento social del gremio estudiantil". ¿Quemando llantas y autobuses? ¿Pintarrajeando paredes con faltas de ortografía? ¿Agrediendo a transeúntes y dañando edificio públicos y privados tras el anonimato de las capuchas? ¿Interrumpiendo a la fuerza las clases para divertirse con arengas pueriles? ¿O vegetando por décadas en posesión del carnet de estudiante sin coronar jamás sus estudios?... Es verdad que tales son siempre solo las excepciones, pero tolerarlos continuamente, so pretexto de la autonomía, no deja de encerrar graves "externalidades" -como lo llaman los economistas- para todo el resto de la comunidad laboriosa y obediente a la Ley, mientras esos revoltosos parásitos parecen haberse convertido en los predilectos de ciertos reporteros a la búsqueda incesante de dramas que hacer llegar a las páginas más sensacionalistas de la prensa.

¿Y qué decir de la estela, obvia en la dejadez general en el mantenimiento de su planta y equipo que deja tras sí el rigidismo sindical? ¿Acaso se tiene en

cuenta por sus dirigentes, al igual que lo concerniente a sus derechos, todo lo enumerado en el artículo cincuenta y cuatro de los Estatutos de Relaciones Laborales entre la Universidad de San Carlos de Guatemala y su Personal, que trata de las obligaciones de los trabajadores universitarios? ¿Será que interpretan el legítimo derecho a la libre asociación como un arma más en el arsenal de la lucha de clases contra esta institución no lucrativa, donde todos, hasta los miembros del Consejo Superior Universitario, son sus colegas en cuanto asalariados, y los fondos a disputar han sido previamente exprimidos, a través de los impuestos, también a los más pobres entre los pobres?

A las puertas del nuevo milenio, mientras el resto del mundo universitario se agita, fascinado, en torno a las promesas de la exploración espacial de las maravillas de la ingeniería genética, de la revolución de la informática, de las potencialidades generadoras de inmensas riquezas por los innumerables modelos del crédito y de las finanzas, de las aventuras grandiosas de la imaginación artística y literaria, esa parte de nuestra juventud llamada a logros mejores, se desperdicia en vandalismos infantiles y posturas de teatro bufo, en una sociedad, adicionalmente, donde todavía una tercera parte de sus niños en edad escolar carecen de escuela primaria a que acudir, y una cifra altísima muere precozmente de enfermedades gastrointestinales.

Los privilegios y las prestaciones acumulados en favor de profesores, estudiantes y personal de la administración se han visto, por falta de voluntad en las autoridades llamadas a ejecutar las re-glas del juego, abusados por pequeños grupos expoliadores de los demás y ajenos a aquella mística en pos de la verdad, la bondad y la belleza que está en la raíz de la institución universitaria.

LA ALMA MATER INMOVILIZADA

John R. Walter, presidente de una gigantesca y enormemente exitosa multinacional, la ATT, comentó una vez: "Cuando el paso de los cambios en el entorno de una organización es más rápido que el de los cambios dentro de la misma organización, su final se aproxima".

Esto también vale para la universidad, cualquiera universidad. Como lo formulara otro: Si al andar

siempre miras hacia atrás, acabarás por caer en algún hoyo más adelante en el que yacerás paralizado. Así se podría caricaturizar mucho de la tragedia intelectual ocurrida en las universidades que se rigen por los que ansiosamente se aferran al statu quo. En el fondo, a estos les mueve un miedo acerbo a competir con sus iguales, bajo reglas también iguales, no menos, sea dicho de paso, que, a los empresarios, los dirigentes sindicales, el clero, los militares, los burócratas... o los políticos (si lo duda, relea el inciso b del artículo 186 de la Constitución de la República de Guatemala).

Esto se nos ha hecho particularmente obvio en las universidades estatales de Iberoamérica, parapetadas casi todas tras muros cada vez más altos y espesos de privilegios y prebendas arrancados al monopolio del poder coactivo del Estado. La intención explícita de sus potenciales beneficiarios, profesores, alumnos, egresados y administradores se endereza, como es natural, al logro último de vivir mejor y más tiempo aun que el resto de los mortales, si no se puede evitar, pero sin las tensiones ni los sobresaltos que son el precio de los cambios a que a diario nos somete el frío mecanismo del mercado, tan competitivo, de las ideas. Para eso, el vertical manto protector de la jerarquía política se espera sea un abrigo más fácil de asegurar. La Universidad de San Carlos, en cuanto única (por presión de ella misma) universidad estatal en Guatemala no es una excepción a esa tendencia tan generalizada de cortejar los favores de los poderosos. Precisamente el héroe, o el hombre egregio en la terminología de Ortega, sería quien se esfuerce desde su seno por luchar en su contra.

Pero como sucede con tantas otras empresas en las que nos aventuramos, las consecuencias resultan contrarias a nuestras expectativas. Es el eterno mensaje oculto del Quijote. Los aspirantes a beneficiarios se tornan en las víctimas de su propio sistema. No podemos escapar en la división del trabajo a las leyes de nuestra naturaleza competitiva, como ninguno de nosotros tampoco puede neutralizar la gravitación de un salto, por muy sobrenaturalmente olímpicos que nos imaginemos.

El hecho de que se multipliquen sin cesar las opciones privadas en la enseñanza superior (y también a los niveles inferiores de la educación) es una prueba aplastante de que el sistema estatal de enseñanza, a fuerza de mirar hacia atrás, digamos, por ejemplo, hacia

los inicios de la Revolución Industrial de los que fuera testigo apasionado Karl Marx, ha caído en un hoyo y se halla paralizado. La solución, por tanto, a los males de las universidades del Estado en Iberoamérica no puede correr por otro cauce que el de regresarlas al mundo de la vida real, al mundo de la competencia -pero bajo las normas éticas y legales que la hacen posible y eficiente- a fin de que la mejor verdad acabe por imponerse, a plazos, eso sí, más o menos dilatados y en absoluto diseñables por algún pretencioso planificador.

Olvidan los enemigos de la competencia que todo mercado es, a largo plazo, autocorregible y que, además, en el todos ganan o no habría transacción voluntaria alguna; que ninguno se impone a menos que haya sabido servir a los demás -y a juicio de los demás- mejor que sus competidores; y que la alternativa de sustituirlo por un monopolio entraña obligadas subvenciones por parte de los consumidores a la ineficiencia de quien se niega a competir y para ello procura lograr que se vea el acceso al mismo mercado a cualquier otro oferente.

De todas maneras, todo recurso al monopolio garantizado por el Estado termina por ser un esfuerzo enteramente inútil, aunque sí muy costoso en función del tiempo que perdure. El dinamismo espontáneo de las fuerzas impersonales del mercado acaba por imponerse, como lo confirma, una vez más, la victoria ingente de la tecnología de las comunicaciones digitales, de la fibra óptica y de los satélites espaciales en el mercado mundial de las telecomunicaciones sobre el monopolio de las empresas estatales.

ALMA MATER: ALGUNAS SUGERENCIAS

El hecho de que el panorama universitario en Guatemala se desdoble, como en casi todas partes, en un sector público y otro privado, nos enfrenta a problemas muy diversos, los más complicados en el estatal por hallarse ahí implicado el delicado factor impositivo que reserva, por el artículo 84 de la Constitución, para menos de un uno por ciento de la población una cantidad de fondos mayor que los asignados para los pobladores de la mitad de todos los municipios del país.

Parto del supuesto del papel subsidiario del Estado (esto es, de hacer todo aquello imprescindible, en tanto la iniciativa privada no pueda o no quiera emprenderlo). La única condición, desde esta perspectiva, sería que

la universidad estatal se rija por las mismas reglas que las demás. Sobre esta base me permito sugerir algunos cambios fundamentales aun en la misma norma constitucional:

Primero: Que las extensiones departamentales de la Universidad de San Carlos sean transformadas en otras tantas universidades autónomas. Cuando se debatió en la Asamblea Constituyente su carácter de monopolio, muchos nos sorprendimos de que la resistencia a la multiplicación de los centros de cultura superior estatales, a los que debería haberseles dado una calurosa bienvenida por amor a la difusión del saber, se originara precisamente en el único existente hasta entonces. Me llegó el rumor de que lo que se pretendía con esa oposición a ultranza era evitar que el Centro de Estudios Militares pudiera ser erigido, a su turno, en otra universidad estatal. Pero fue esa una razón política, no académica. Me sospecho que la misma -es decir, el afán de control desde un centro nacional políticamente todopoderoso- volverá a hallarse detrás de cualquier ulterior renuencia a reconocer nuevas universidades del Estado, que pudieran descargar a la USAC de obligaciones intolerables y reducir a volúmenes manejables ese caos ingente de ochenta mil estudiantes que se hacían con escasa o ninguna supervisión personal por parte de sus profesores y en medio de una inseguridad personal generalizada.

Segundo: Que el sistema tripartito de elección de sus autoridades, según su Ley Orgánica vigente, sea transformado en otro bipartito, donde los estudiantes NO tengan voto, aunque se les reconozca voz en el Consejo Superior Universitario. El objetivo sería desterrar para siempre las campañas políticas en las que los discentes son a un tiempo jueces y partes sobre las exigencias de sus docentes y por las que los peores -y en números muy reducidos- se arrogan, de hecho, un poder de veto sobre los niveles de excelencia académica a que puedan aspirar quienes no disponen de tanto tiempo que perder en agitaciones electorales. A los profesionales, en cambio, que sí tendrían mucho que sufrir en el mercado del trabajo si sus diplomas se devalúan, al igual, naturalmente, que, al claustro docente, se le retendría el derecho al voto para decidir pacíficamente sobre sus autoridades académicas, de ser posible por plazos más largos que los actualmente en vigor.

Tercero: Dado que muchos jóvenes de talento carecen de los medios económicos para pagarse una carrera, se podrían instituir "créditos educativos" a cuenta del cinco por ciento constitucional. A ellos tendrían acceso solamente quienes hubieran aprobado un examen de admisión, por lo muy menos en las áreas del lenguaje y las habilidades lógico-matemáticas. Como muchos a su vez habrían llegado con una educación secundaria deficiente de la que no son responsables, se les podría facilitar un núcleo curricular mínimo, e irrepetible a costa de ese mismo crédito, por dos o tres semestres, para elevarlos al nivel de ingreso de los mejor preparados. El crédito sería reembolsable -libre de intereses- a la institución de la que se gradúen a partir del tercer año de haber recibido su licenciatura y de hallarse en la respectiva práctica profesional. Esto garantizaría la disponibilidad de un permanente fondo circulante en favor de generaciones sucesivas. Cada crédito nunca sería por la totalidad de los costos (lo gratuito no se aprecia) sino a partir de un mínimo del diez por ciento de la suma de la matrícula y las cuotas, una vez comprobada, independientemente, la urgencia económica del aspirante. Además, sería aplicable a cualquiera universidad en el territorio nacional; esto daría a los consumidores del servicio, los estudiantes mismos, una formidable libertad de escogencia y de poder apuntar al nicho de excelencia en el que quieran situarse. Los profesores, por su parte, se verían incentivados a mejorar su oferta académica so pena de hacerse superfluos y quedarse sin alumnos.

La alternativa a todo ello es más de lo mismo, es decir, continuar, como Dantes inertes, nuestro descenso por los círculos infernales del Tercer Mundo.

ALMA MATER: DE VUELTA A LO HUMANO

Hay muchas maneras de entender la universidad. Esta es una de las lecciones que se pueden aprender de cualquier revisión, por rápida que sea, de esas instituciones de enseñanza superior viejas de casi un milenio. Pero si la universidad, como la Iglesia Católica que le sirviera en su infancia de madrina, se ha mostrado tan duradera ha sido, ciertamente, por su capacidad de adaptación. Aquí también se confirma que solo el más apto sobrevive.

Según un análisis reciente realizado por el semanario "The Economist", de Londres, la universidad contemporánea es el producto de la confluencia de dos

corrientes gigantescas: la de la insaciable curiosidad intelectual de los científicos experimentales y la de las expectativas de educación en las masivas clases medias que se han apoderado del horizonte social desde la Revolución Industrial.

A ello habría de añadirse hoy la revolución de la informática, que a los ojos de algunos aun pone en tela de juicio la continuada existencia misma de la universidad como comunidad transmisora y creadora de conocimientos.

"The Economist" alude a gestiones todavía en proceso como las instituciones "parauniversitarias" -institutos de investigación, de pensamiento y de consulta- ajenas a la universidad, pero conectadas entre sí oportuna y multidisciplinariamente para resolver problemas específicos de ciencia aplicada. Igualmente, ensayos novedosos como el costoso laboratorio en ciencias de la computación establecido por estos días en la Universidad de Cambridge, Inglaterra, por la empresa Microsoft, cuyo cuartel general se encuentra en Seattle, en la ribera norteamericana del Pacífico. Además, menciona "universidades" erigidas por empresas multinacionales para entrenamiento de su personal, tales como Motorola, McDonald o Disney, y a la creación de "oficiales de aprendizaje" en otras como la General Electric. Asimismo, por todos son ya conocidos los programas de educación a distancia, de tanto éxito en Inglaterra, Israel o Sudáfrica, y para los que aquí en Guatemala la Universidad Francisco Marroquín ha sido pionera.

De todo ello concluyen los autores del análisis que la universidad, como institución reconocible, parece encaminada hacia un nuevo formato compuesto de un núcleo de docentes e investigadores, predominantemente en las ciencias básicas, y de una periferia difusa, no departamentalizada, que más bien apunta a la solución de problemas específicos, y accesibles a todos vía el correo electrónico o las variadísimas redes de comunicación al estilo Internet.

Es evidente que todo esto va a reducir los costos administrativos, por una parte, y a poner por otra al alcance de la mano de cualquiera, sin salir de su casa,

las mejores bibliotecas del mundo. Probablemente también ello incida negativamente en el sentimiento de lealtad de cada uno hacia su "alma mater", que le será más irreconocible tras una telaraña de centros de información entrecruzados.

Pero soy de los que creen que no hay sustituto para la relación "cara a cara" durante la experiencia, tan exclusivamente humana, del aprendizaje. En ese sentido todavía me hallo más próximo al ideal humanístico de la universidad propuesto por el Cardenal John Henry Newman al fundar la Católica de Dublín: una institución dedicada más a la búsqueda de la verdad por sí misma que al inevitable entrenamiento utilitario en las especializaciones que nos preparan para el mercado de la división del trabajo. Como la describiera el mismo con mucha más elegancia: "Un alto poder protector de todo conocimiento y de toda ciencia, de hechos y de principios, de investigación y de descubrimiento, de experimentos y de especulación".

Así entendido, el principal problema universitario se reduciría a identificar el contenido que le habría de dar su "raison d'être" a la universidad del futuro. Yo apuesto, una vez más, a la formación del hombre entero antes (pero no con exclusión) de la del hombre segmentado en sus diversas capacidades profesionales (del que "sabe más y más de menos y menos"). Supongo, adicionalmente, que la educación superior no podrá ser desligada del todo de la educación media que la precede. Inclusive a esta última remitiría aquellos mínimos de conocimientos lógicos, matemáticos, lingüísticos y microeconómicos que hoy solemos reservar para los primeros semestres en la universidad. Con Alan Bloom creo en el contagio emocional de la tutoría de persona a persona sobre los grandes "libros"; con Wilhelm von Humboldt, en lo primario de la comunidad de la búsqueda; con Isaac Newton, como si nos sintiéramos otros tantos niños que se entretienen, curiosos, con una concha o una piedra alisada en las arenas de la playa mientras el océano insondable de la verdad yace por descubrir a nuestros pies.

Así sea.